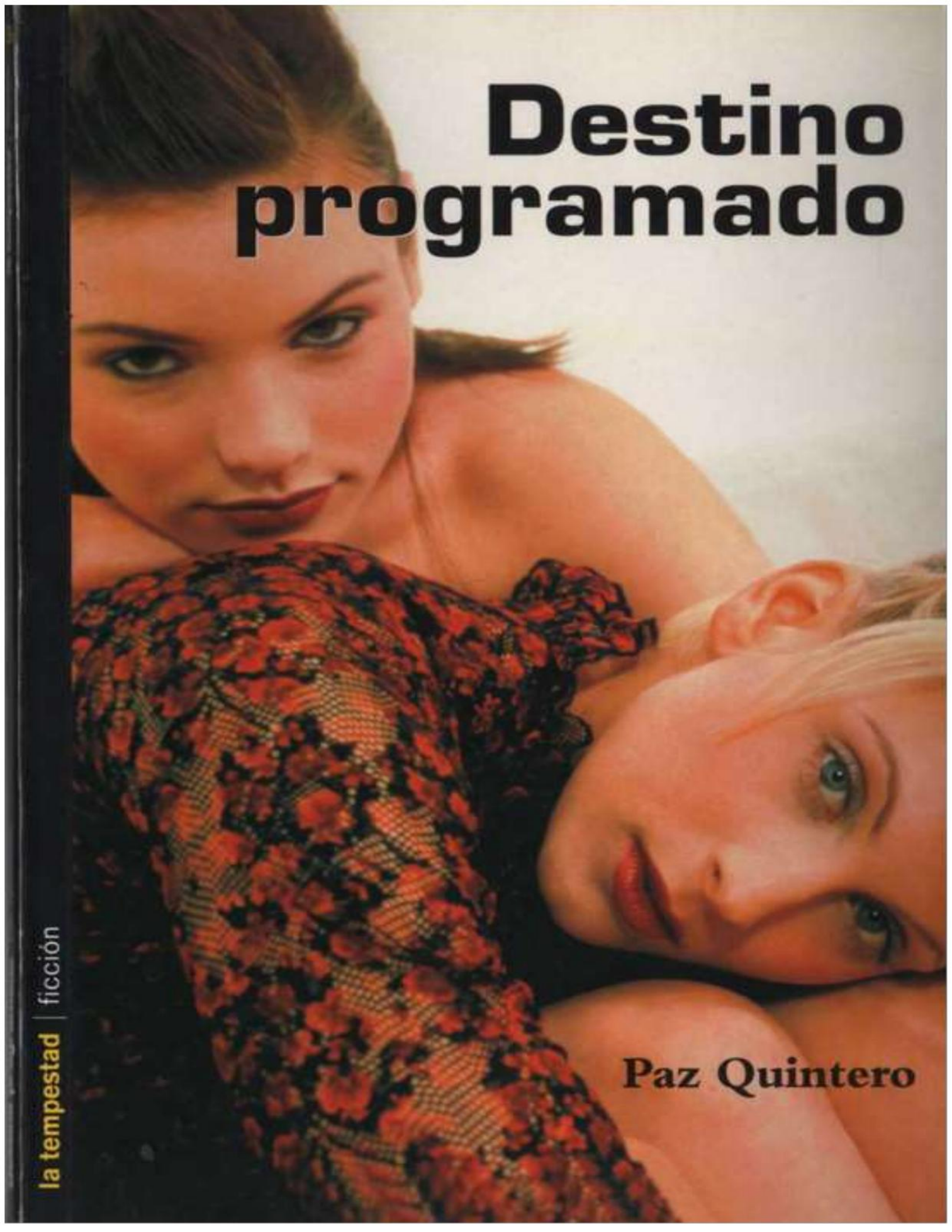
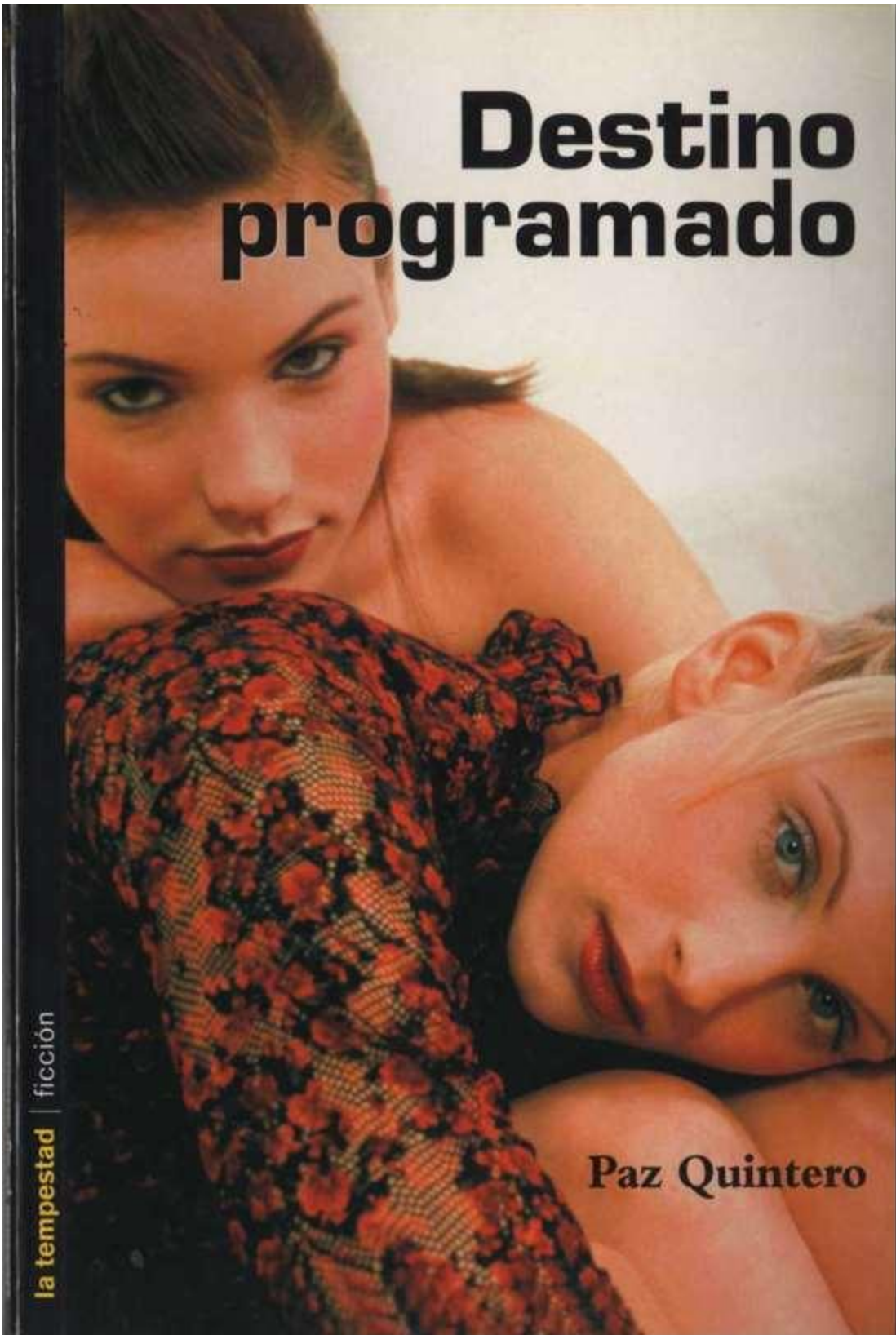




Destino programado

la tempestad | ficción

Paz Quintero



Destino programado

Paz Quintero

la tempestad | ficción

1

2

Destino

programado

OceanofPDF.com

Paz Quintero

ediciones \ la tempestad

3

OceanofPDF.com

Destino programado

Primera edición: diciembre de 2005

El jurado del II Premio Terenci Moix de Narrativa Gay y Lésbica de la Fundación Arena estaba constituido por Valentín Teba, Lluís M. Todo, Ana M. Moix, David Martí y Ángel Asín.

© de Paz Quintero

© de esta edición: Ediciones de la Tempestad, 2005 Maquetación: Oscar García Ortega

Ediciones de la Tempestad C. Pujades, 6 - Local 2 08005 Barcelona Tel: (54)952

250459 Fax:(54)952212641 E-mail: info@llibresindex.com

www.edicionestempestad.com

ISBN: 84-7948-064-5 Depósito legal: B-50.516-2005

Impreso en Hurope, SA - Barcelona

Printed in E U

Bajo las sanciones establecidas por la legislación, están rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción parcial o total de esta obra mediante cualquier procedimiento mecánico o electrónico, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

4

«Después se nos hizo tarde, los dos nos teníamos que marchar, pero fue magnífico volver a ver a Annie. Me di cuenta de lo maravillosa que era y de lo divertido que era tratarla, y recordé aquel viejo chiste, aquel del tipo que

va al psiquiatra y le dice: “Doctor, mi hermano está loco, cree que es una gallina”. El doctor contesta: “¿Lo ha llevado a un médico?” y el tipo le dice: “Lo haría, pero necesito los huevos Pues eso, más o menos, es lo que pienso sobre las relaciones humanas, ¿saben? Son totalmente irracionales y locas, y absurdas, pero... supongo que continuamos manteniéndolas porque, la mayoría,

“necesitamos los huevos”.»

Annie Hall. Woody Allen.

5

Dedicada a mi otra mitad, a la que por fin he encontrado. A Pilar Herranz, por su inestimable ayuda y apoyo. A mis amigos y a todos los que siguen creyendo en mí. Y a toda esa mayoría que sigue necesitando los huevos...

6

OceanofPDF.com

DESTINO PROGRAMADO

7

OceanofPDF.com

PRÓLOGO

Madrid, enero de 2001

Hasta que no se vio relleno aquellas humildes tarjetas de invitación, Elisa no fue consciente de que habían pasado ya casi veinte años de infelicidad. Le temblaba el pulso y le sudaban las manos por la indecisión. Cada angustioso trazo de su pluma era como un tirón que ella misma daba a la soga que le apretaba el cuello.

Cuando cerró el último sobre, se arrojó sobre la mesa y enterró la cabeza entre sus brazos. La suerte estaba echada y no había vuelta atrás. Ya no le quedaban agallas para seguir. Cualquier esfuerzo resultaba inútil. Su futuro era hoy.

Alguien llamó a la puerta con los nudillos. Elisa salió de pronto de su mundo paralelo y regresó a la realidad. Sobresaltada, fue a abrir. Sus ojos parecían no creer lo que estaban contemplando. Marta apareció al otro lado de la puerta, sonriéndole, como siempre.

—Hola, Elisa.

— ¿Qué haces aquí? Te dije que no quería volver a verte jamás. Bastantes problemas me has causado ya. —Intentó cerrar la puerta pero la otra mujer lo impidió.

—Vengo a dejar las cosas claras de una vez. Y voy a entrar, por las buenas o por las malas.

—Mi marido está al llegar —dijo Elisa, y notó que su corazón latía a mil por hora.

—Me importa una mierda tu marido. Apártate —dijo la rubia retirando el brazo que le impedía el paso.

Marta caminó hasta el salón con paso seguro pero rápido. Dejó su bolso en el suelo, se sentó en el sofá y cruzó los pies sobre la mesa, mostrando sin

tapujos las robustas botas negras que llevaba puestas. Desafió a Elisa con la mirada.

Ante aquella presencia tan amenazante pero a la vez tan deseada, Elisa no tuvo más remedio que sentarse también, no fuera a ser que sus piernas la traicionaran y dejaran al descubierto el temblor que las azotaba, sin duda provocado por los nervios.

8

La dueña de la casa recogió su pelo azabache en una cola y se desabrochó los dos primeros botones del pijama por el calor. Momentos antes, había puesto la calefacción a tope y ahora, por la tensión del momento, se estaba cociendo viva.

—Bueno, cuéntame. ¿Qué te trae por aquí? —dijo Elisa con cinismo intentando echar balones fuera.

—Quería saber cómo te iban las cosas y si estabas bien. —La mujer de cabello dorado le devolvió el sarcasmo.

—Todo va perfectamente —dijo Elisa, y bajó la mirada al suelo.

—He estado muy preocupada. No me has dejado saber nada de ti después de...

—No quería molestarte. —La morena la interrumpió.

—Vale, dejémonos de tonterías. —Marta comenzó a desesperarse—. Estás muy desmejorada desde la última vez.

—Desde que mi marido se enteró de lo nuestro... cada día que pasa es peor. Mi psicóloga me está tratando cada miércoles... Pero lo superaré —carraspeó—. ¿Y tú dónde vives ahora?

—En Barcelona, estoy asistiendo a unas conferencias sobre teatro. Toma, ésta es la tarjeta del hotel donde estaré las dos próximas semanas. Ven a verme, por favor. Sal de aquí de una vez por todas. —Marta se acercó a su

amiga para darle la tarjeta y advirtió, gracias al escotado pijama de la mujer que tenía a su lado, algo nuevo entre la clavícula y el pecho de Elisa.

—Ya basta. No em...

—Oye —dijo Marta interrumpiendo a Elisa con brusquedad—, eso que tienes ahí es... ¿un moratón?

El reloj del salón dio diez campanadas. La mujer del pijama apretó la mandíbula y esquivó la mirada inquisitiva de su amiga mientras, inconscientemente, tragaba saliva para humedecer la sequedad de su garganta. Uno de sus pies comenzó a dar frenéticos golpecitos en el suelo. Por un momento, pareció que sus pensamientos flotaban en aquella habitación. Los ojos de Elisa se abrieron de par en par, pero no tenían expresión alguna. Con la mirada perdida, reunió fuerzas para seguir hablando.

—Dios mío, está a punto de llegar mi marido —dijo casi con un susurro.

— ¿Sí? ¿Y qué? —Marta aún permanecía en estado de shock.

— ¡Pues que no puede verme aquí contigo!

— ¿Tienes algún problema...?

9

Marta no pudo terminar la frase porque su amiga ya la estaba empujando hasta la salida. Elisa abrió la puerta y la invitó a que se marchara.

—Lo siento, hoy no puedo hablar. Vuelve otro día.

—No me lo puedo creer. ¿Te pega y no lo denuncias? —La mujer de ojos castaños se sintió muy violenta—. Voy a matar a ese hijo de puta —dijo a la vez que impedía que Elisa le diera con la puerta en las narices—. Por favor, escúchame. He venido para sacarte de aquí. La policía ya lo sabe todo. Hazme caso y denúnciale. Con una sola llamada, estará entre rejas. —La morena parecía no escucharla—. ¡Dame una sola razón por la que no deba ayudarte!

—La conoces.

Y dejando perpleja a su interlocutora, cerró la puerta y esperó a que se marchara.

Cuando vio por la mirilla que ya no estaba, rompió a llorar apoyándose con la espalda en la puerta para no caerse al suelo.

A los pocos segundos, su móvil empezó a sonar. Se secó las lágrimas y fingió una voz serena.

—Hola, Carlos —dijo esbozando una sonrisa falsa.

—Hola, cariño.

—¿Cómo estás?

—Deseando celebrar nuestro decimonoveno aniversario. —A juzgar por el tono en que le hablaba su marido, parecía estar bastante ilusionado.

—Ya he terminado todas las invitaciones.

—Estupendo, mi vida. En una hora llego a casa. Siento el retraso, pero es que han cortado las carreteras por un accidente y llevo desde las nueve parado en la M30.

—No te preocupes, cariño. Aquí te espero —dijo, y sonrió sin ganas.

—Un beso, mi amor.

Sin responder a su efusiva despedida, Elisa colgó el teléfono. Se miró las manos y deseó con toda su alma reunir fuerzas para hacer aquello que durante tanto tiempo tenía planeado. Quizá no todo estaba perdido. Aún podía permitirse otra oportunidad.

Se dirigió al despacho de su esposo y abrió el primer cajón de su buró. Empuñó el revólver que él guardaba desde el día en que le intentaron atacar hacía ya dos años y le quitó el seguro. Esta vez, los músculos estaban tensos y no le flaqueaba el pulso.

10

Sentada en el cómodo sillón negro, apoyó el brazo izquierdo sobre la mesa. Echó un vistazo a aquella habitación por última vez y, cerrando los ojos fuertemente, se metió el cañón en la boca y apretó el gatillo.

11

OceanofPDF.com

I

12

OceanofPDF.com

I

Madrid, octubre de 1979

El pasillo era largo, pero estaba bien iluminado. En él había muchas puertas contiguas, las de las habitaciones del resto de las chicas. Llegó a la suya, la número ocho, y la encontró abierta. Entró despacio, dejó la maleta en el suelo y comenzó a observarlo todo, como era costumbre en ella. Su cuarto no estaba nada mal. Las paredes eran de un marfil muy pálido y la ventana estaba pintada de un celeste tan bonito como el del cielo de una mañana de primavera. Había dos camas y entre ellas había colgado un crucifijo. Una de ellas, la del lateral derecho, estaba desnuda. Encima de la mesita de noche descubrió una nota.

«Encontrarás las sábanas en el armario. Las tuyas son las de florecitas. Te corresponden dos estantes de la cajonera: el tercero y el cuarto. Bienvenida al Monelos.

Eli»

A través de la ventana, podía ver a sus nuevas compañeras corretear alegres y jugar despreocupadas. Suspiró cansada, pero sabía que tenía que deshacer la maleta o se le haría tarde. A las nueve se servía la cena y no quería perdersela por nada del mundo. De modo que fue colocando sus cosas en el armario mientras pensaba en su nuevo hogar. Estaba algo nerviosa, aunque confiaba en que pronto se adaptaría a aquella nueva situación. A fin de cuentas, el internado no podía ser peor que su casa.

Cuando hubo terminado, echó un vistazo general a la habitación. Tenía curiosidad por saber quién era su compañera de cuarto, así que se fijó en la decoración que rodeaba la cama de la otra chica. “Al menos ha tenido la delicadeza de decirme su nombre”, pensó. Exhibía en su mesilla un marco con una foto y un cuaderno de color rosa. La cama estaba hecha y en ella había un oso de peluche apoyado sobre la almohada. Sobre su mesa de estudio, descansaban una lámpara, un libro de historia y un lapicero de tela

de un rojo muy intenso. Sintió la necesidad de abrir los cajones e investigar más a fondo,

13

pero en el momento en que se acercó a la mesa más de lo debido, sonó el timbre que anunciaba la hora de comer.

Todas las miradas se clavaron en ella al entrar. Cuando ya llevaba la bandeja con su comida, intentó acercarse a las mesas en las que estaban sentadas las demás alumnas del centro, pero vio que ninguna le dejaba sitio para sentarse. No tuvo más remedio que comer sola en la mesa vacía del fondo sin dejar de ser observada. Sabía que ése era el precio que tenía que pagar por ser la nueva, pero desde luego, no le gustaba ser el mono de feria al que todas señalaban con el dedo. En el instante en que iba a tragarse la cuarta cucharada de sopa, una chica de las que había visto en la mesa contigua se levantó de su silla. Sin perder la sonrisa, se acercó hacia donde estaba ella, colocó su bandeja frente a la suya y se sentó encarándola. Marta se quedó pasmada. Era el rostro más bonito que había visto nunca. La muchacha tenía el cabello ondulado y castaño. Pero lo que más destacaba del conjunto eran los ojos: verdes como esmeraldas. Su nariz estaba repleta de traviesas pecas y su sonrisa dejaba al descubierto dos preciosos hoyuelos que hacían que aquella cara fuera la más dulce del universo.

—Elisa González —le dijo estrechándole cordialmente la mano—, pero todas me llaman Eli.

—Marta Díaz —contestó la niña devolviéndole el saludo sin dejar de mirarla a los ojos—. Encantada.

Sus manos se separaron para disgusto de Marta, pero el hecho de tener a aquel ángel sentado a su lado ya era más de lo que nunca habría podido desear.

—La comida es asquerosa, ¿eh? No te preocupes, al final te gustará y todo. Aunque parezca mentira, aquí siempre nos salimos con la nuestra. Y cuando digo siempre... es siempre.

—Es raro. Siempre pensé que un internado de monjas era lo más parecido a una cárcel.

—Al principio este sitio es un poco extraño. Pero te aseguro que dentro de poco te sentirás mejor aquí que en casa.

—Eso espero —dijo, y tragó otra cucharada de la espesa sopa.

—De modo que eres mi compañera de habitación. —La morena la analizó con la mirada mientras se servía agua de una jarra.

—Exacto. Supongo que se nota a la legua que soy la nueva...

—Pues sí.

— ¿Por qué me han puesto contigo si no soy de tu curso?

14

—A la que ocupaba tu cama la han cambiado de habitación. —Elisa siguió examinándola detenidamente—. ¿Qué edad tienes? ¿Trece, catorce?

—Diecisiete —dijo, y terminó con el primer plato.

—Vaya, pues no los aparentas... ¿Y por qué te han metido aquí? ¿Acaso por mal comportamiento? Eres una chica mala, ¿eh? —Elisa rió con malicia y bebió despacio.

—Y tú eres la típica niña de papá que ha venido a empollar, ¿no? —Marta supo derribarla al instante.

—Oye, tranquila... No era mi intención ofenderte —dijo Elisa, y volvió a sonreír picarona.

— ¿Y tú qué edad tienes? —preguntó Marta, y con sólo volver a mirarla quedó de nuevo hechizada por la morena.

—Dieciocho —dijo Elisa cortando su filete en trocitos pequeños.

—Vaya. Entonces, tú debes estar ya en COU.

—Bingo. Y de ciencias puras, olé yo. —Elisa se llevó a la boca un pedacito de pollo con el tenedor.

—Yo soy de letras. Debe ser duro segundo...

—Primero también lo fue. —La chica de ojos verdes comenzó a hablar con la boca llena y vio que a su compañera no le molestaba en absoluto—. Pero puedes superarlo sin problemas. De todas formas, si alguna vez necesitas que te ayude con alguna asignatura, no tienes más que decírmelo. Aún conservo los apuntes de tu curso —dijo volviéndose a llenar la boca con otra porción de filete.

—Gracias —dijo Marta, y una tímida sonrisa acompañó a su réplica.

—No hay de qué. Primera lección de hoy: cuidado con sor Margarita. Da universal y es un hueso. A mí por poco no me la deja para septiembre...

—Estupendo. —Marta comenzó a agobiarse.

—Oye, tranquila. Tampoco pretendía asustarte... Me temo que lo he conseguido, tu cara se ha puesto blanca.

Las carcajadas de ambas sonaron al unísono. La preocupación de la más pequeña desapareció con sólo escuchar la endulzada risa que le llegaba desde el otro lado de la mesa, así que empezó a engullir sin reparos su sabroso bistec. Siguieron conversando apaciblemente mientras terminaban de almorzar. Cuando llegaron al postre y Elisa se comió su manzana, se levantó de la mesa y cogió su bandeja.

—Bueno, me tengo que ir a la biblioteca a estudiar. Nos vemos luego, a la hora del descanso.

15

—Hasta la noche, Elisa.

—Llámame Eli. Me has caído bien...

La diosa disfrazada de colegiala se retiró en silencio, dejando tras de sí un halo de perfume con aroma a violetas. Cuando Elisa desapareció por la puerta, Marta empezó a contar frenéticamente las interminables horas que le restaban para volver a encontrarse junto a la mujer de la voz de sirena.

Madrid, junio de 2000

Cuando despertó, Daniel estaba solo. Sus ojos apuntaban a los luminosos tubos del techo preguntándose dónde estaba. El sonido intermitente de la máquina a la que estaba conectado le dio la respuesta. En un primer momento, se asustó. Segundos más tarde, se relajó pensando que, al menos, respiraba por sí solo.

La puerta de aquella silenciosa sala se abrió. Aún confuso, pudo advertir que alguien se acercaba a su cama. Le habían quitado las lentillas y no podía distinguir bien la silueta que se aproximaba, así que prefirió preguntar.

— ¿Quién eres?

—Soy Marta. —La mano de la mujer acarició la frente del muchacho.

—Marta... ¿qué ha pasado? ¿Por qué estoy aquí?

— ¿No te acuerdas de nada?

—No —A Daniel le dolía mucho la cabeza y el esfuerzo era inútil.

—Tuviste un accidente con mi coche.

— ¿Qué? Dios mío... ¿Y qué me ha pasado?

—Te diste un golpe en la cabeza, pero nada grave. En cambio...

— ¿Qué pasa?

—No sé si... Los médicos dicen que... —Marta se sentía realmente impotente.

—Por favor...

—No soy yo la más indicada para contártelo.

—Yo creo que sí. Eres mi amiga. Eso me basta.

Se produjo un silencio tremendamente doloroso para Marta. Era incapaz de resolver con éxito aquel trance. El miedo que había en la mirada de Daniel no ayudaba

16

en absoluto. Pero decidió ser valiente y honesta con quien más la necesitaba en aquel momento.

—Dani —se armó de valor mirándole de nuevo a los ojos—, te han tenido que amputar la pierna derecha —dijo al fin desolada.

El muchacho permaneció en silencio durante unos instantes y después rompió a llorar como un niño. Su amiga lo abrazó para intentar apoyarle, pero nada ni nadie podían calmar la desazón de aquel bailarín que estaba condenado a abandonar la danza.

— ¿Y cómo pasó?

—Eso es lo que aún no sabemos. La policía está examinando el coche y está interrogando a varios testigos. Parece ser que alguien te seguía.

—No podré volver a bailar, Marta. ¿Te das cuenta? —Se vino abajo de nuevo.

—Lo sé. —Era lo único que pudo decirle en aquel momento de dolor.

Marta sacó un pañuelo de su bolso y comenzó a secar las lágrimas de su mejor amigo. Sabía que habría podido ser ella la que hubiera acabado entre los amasijos de su coche, pero el destino quiso salvarla por algún motivo desconocido.

Un policía entró en la UCI para hablar con ella. En el pasillo, el agente le ofreció un café y comenzó a darle más datos sobre el siniestro.

—Parece ser que manipularon el acelerador y el freno de su vehículo. Así que su amigo no pudo frenar cuando se vio indefenso ante el muro de la calle Cisneros. Iba a una velocidad superior a la que indicaba el cuadro de mandos. Los testigos afirman que fue perseguido por un automóvil negro. Pero las descripciones aún no son muy fiables.

—Bueno, al menos sabemos que el accidente ha sido provocado.

— ¿Cómo está su amigo? —preguntó el agente, preocupado.

—Destrozado.

—Vaya... —Se mordió los labios por la impotencia—. Le prometo que daremos con el culpable, señorita.

—Gracias. Muchas gracias.

El policía acabó su café, se despidió de la mujer rubia y se marchó. Marta no se movió de donde estaba, vigilaba a su amigo desde el cristal del pasillo. Una enfermera acababa de inyectarle un sedante.

Piró su café a medio acabar y decidió salir para buscar más pistas. La policía era bastante eficaz, pero no podía permitirse el lujo de quedarse de brazos cruzados mientras su amigo se moría de pena postrado en una fría cama de hospital.

17

Ya en la calle, se dirigió hasta una esquina para esperar un taxi. La oscuridad de la noche hizo que no pudiera ver la sombra que se le acercaba por detrás y le tapó la boca.

Un pañuelo tapó su nariz y, aunque se resistió, el fuerte olor que desprendía la obligó a cerrar los ojos a los pocos segundos.

Madrid, abril de 2002

Al verla por primera vez, no pudo evitar enamorarse perdidamente de ella. Sin duda era perfecta para él, pues poseía una belleza poco corriente: pequeña y con algunas curvas, pero en conjunto era bastante resultona. Como en el fondo llamaba poco la atención, él sabía que no le resultaría difícil hacerse con ella. De hecho, no tardó ni una semana en conseguirla.

Eran casi las ocho. Quedaba poca gente por la calle, algunos establecimientos habían cerrado ya. Aceleró el paso y torció a la derecha. Meditabundo, Carlos llegó al número seis de la calle San Juan de Dios y se alegró al saber que aún le esperaba. Allí estaba: inmóvil, expectante, mirando al exterior a través de los cristales. Su cuerpo era negro como el azabache y su piel brillaba tanto como el sol. Como no podía contener más la ansiedad, entró en el establecimiento lo más rápido que pudo. Le formuló un par de preguntas al hombre que regentaba el mostrador y, en un par de segundos, la tuvo cara a cara.

Ya que nada ni nadie podía estropear aquel hermoso reencuentro, Carlos prefirió gozar el momento a sorbitos cortos. La miró de arriba abajo, disfrutando como un niño de la placentera imagen que reproducían sus retinas. Después, acercó sus manos hasta su cuerpo para acariciarla con una suavidad extrema. Ella no opuso resistencia, así que la atrapó delicadamente entre sus manos y olió su perfume.

—Bagual Ocho de calibre veintidós. Es un modelo clásico argentino. Ya no se fabrican revólveres así —dijo el vendedor hablándole sentado en una vieja silla.

—Sin duda. —Carlos se llevó el arma hasta el mostrador.

— ¿Se la va a llevar?

—Sí. —No podía dejar de admirarla.

—Son cien euros, caballero. Pero antes tengo que preguntarle si posee usted licencia de armas. —El dependiente parecía cansado, porque no se levantó para atenderle.

—No. ¿Tardaré mucho en conseguir una?

—Primero debe pasar un test psicotécnico para...

18

No le dejó terminar. Carlos abandonó en el mostrador un enorme fajo de billetes que dejó anonadado al vendedor.

—Bueno, quizás podamos llegar a un acuerdo...

Salió de la armería sonriendo. Mientras caminaba de vuelta a casa, acarició con delicadeza el bolsillo derecho de su pantalón, lugar donde permanecía escondido su ángel de la guarda. Nunca más volvería a ser la víctima de un atraco. Ahora podría hacerse respetar. Ahora tendría derecho a defenderse.

La palabra venganza, que a partir de ese momento cobraría un significado nuevo, empezó a resonar insistentemente en su cabeza.

Al llegar a casa, preso de aquel nuevo amor loco y obsesivo, enseñó orgulloso el revólver a su mujer. Ella quedó aterrorizada, pues no sabía qué uso se acabaría haciendo de él. Un escalofrío recorrió su cuerpo mientras veía cómo su marido examinaba maravillado su nueva adquisición.

Sentado en una mesa, Carlos estrenaría su pistola tres meses después de haberla comprado. Pero no estaba solo. En torno a él se encontraban tres tipos más junto a sus respectivos juguetitos. En el centro del tapete, había un montón de billetes esperando a ser rescatados por cualquiera de los tres valientes que superara el reto.

El primer jugador era moreno y llevaba una corbata gris. Antes de empezar, tomó un último vasito de tequila. Se limpió los restos de licor con la manga de su camisa y carraspeó.

—Allá voy. —Su voz era temblorosa mientras detenía el giro del tambor de su pistola. Se colocó el cañón en la sien y, cuando se disponía a apretar el gatillo, se rajó.

Sin embargo, aquella acción le iba a costar cara. Dos matones surgieron de la oscuridad de la sala y se lo llevaron fuera. Se escucharon golpes y gritos,

pero sólo durante unos minutos.

Cuando desapareció el primer jugador, el segundo comenzó a tomar posiciones.

Aquel tipo no era un desconocido para Carlos: él fue quien le vendió a Diane, su amado revólver, y quien le introduciría en aquel mundillo oscuro y violento. De modo que dada su experiencia en aquel terreno, estaba bastante tranquilo y confiado.

En su tambor añadió una bala más para que creciera la emoción: de ocho agujeros que tenía el redondo cargador, ahora cuatro estaban llenos. En esta ocasión, las posibilidades de error eran menores.

—Mi turno.

19

El veterano tirador acercó el revólver a su cabeza tras parar el tambor. Miró fijamente a los ojos de Carlos y luego al dinero que le esperaba al terminar la partida. Su vieja amiga de metal jamás le había fallado. Iba a ganar y lo sabía.

—Aprende, muchacho. Esto sí que es tener dos cojones. —Y diciendo esto, se reventó los sesos de un balazo.

De nuevo apareció la pareja de gorilas vestidos de negro. Envolvieron con una sábana el cadáver del armero y después se limpiaron la sangre con un pañuelo.

—Toma. Esto es para ti. —El más alto le entregó el dinero.

—Y ahora márchate y olvida lo que ha pasado hoy aquí.

—Nadie debe saber la existencia de estas apuestas, porque si nos enteramos de que has dicho algo de lo que pasa aquí, te aseguro que correrás la misma suerte que el tipo que intentó marcharse de aquí sin atreverse a jugar. —El mastodonte rubio le enseñó el puño americano que guardaba en la chaqueta.

— ¿Qué vais a hacer con los cuerpos? —Carlos seguía pasmado ante el sangriento espectáculo que tenía delante.

—Eso es asunto nuestro.

—Ya se te informará de las próximas citas, así que lárgate.

Sin volver la vista atrás, Carlos salió de aquel apestoso tugurio y fue a por su coche.

Aún le temblaban las piernas cuando encendió el motor. Una vez en casa, sacó a Diane de su bolsillo y la contempló largo rato. El reloj del salón dio las cinco de la madrugada de un sábado poco común.

Fue a su habitación y encontró a su esposa durmiendo plácidamente. Se sentó en el borde de la cama y suspiró. Por su cabeza fueron recopilándose las imágenes de todo lo que había vivido en las últimas horas y se horrorizó. Se dio cuenta de que su infelicidad no le daba derecho a convertirse en un mañoso de segunda categoría. Sobre sus hombros pesaban hoy dos muertes sin sentido. Los remordimientos comenzaban ya a despedazar su tranquilidad nocturna. Sin pensarlo dos veces, salió al pasillo y abrió el tambor de su revólver. Aún tenía metidas tres balas en el cargador de forma no consecutiva. Observó por última vez aquella peligrosa estampa, que era bella y a la vez terrible, y abrió el primer cajón de su buró. En él abandonó su pistola con el seguro puesto. Se prometió a sí mismo no volver a empuñarla jamás.

Apagó la luz y regresó a su dormitorio. Tras desnudarse, se colocó el pijama y se tendió junto a su esposa. La besó en un hombro, pero ella no pareció enterarse.

—Lo siento, Elisa. A veces, ni yo mismo me conozco.

20

Y abrazándose a la espalda semidesnuda que le ofrecía su mujer, comenzó a olvidar todos sus problemas y logró quedarse dormido.

Madrid, noviembre de 1979

Salió al jardín para tratar de aplacar sus nervios. Mañana iba a ser un día duro. A las diez, tendría que enfrentarse a una prueba complicada: el examen trimestral de matemáticas. Últimamente no cesaba de preguntarse el motivo por el cual había acabado escogiendo ciencias puras, con lo mal que se le daban a ella los números. Pero claro, como era habitual, la respuesta a todo era la misma: su vida era agobiante gracias a su reverendísimo padre.

Se sentó en uno de los bancos de piedra. Justo enfrente de ella encontró a un grupo de colegialas charlando alegremente y riendo a carcajadas. Al lado de una jovencita de cabello corto, divisó a Marta. Aunque aún era una completa desconocida para ella, algo le decía que acabaría haciendo buenas migas con la rubita. En el fondo deseaba fervientemente tener una amiga de verdad, porque las que tenía eran un timo.

Pero ¿cómo contarle a una novata que a veces las apariencias engañan? ¿Cómo podría confiarle todos sus secretos a una perfecta extraña?

Mientras sus miedos más ocultos la asediaban indiscriminadamente, los ojos de Elisa permanecían clavados en los de su compañera de habitación. Dudaba si era su mirada profunda o ese atisbo de madurez tan poco común en chicas de su edad lo que la atraía de ella; el caso es que Marta acaparaba en aquel momento toda su atención.

Hubo un cruce de miradas intensas. Elisa experimentó en el estómago una sensación anteriormente conocida. Al notar el rubor en sus mejillas, presa de la vergüenza, no dudó en abandonar el lugar de los hechos a toda velocidad. A su vez, Marta, que no había dejado de observarla disimuladamente desde que la vio aparecer, lanzó una pregunta al aire: ¿era Elisa realmente inalcanzable para ella?

Dieron las diez. Recostada en su cama, Marta cerró los ojos al dejarse ganar por el sueño. Elisa no aparecía y sólo faltaba media hora para el control nocturno. Si su compañera no regresaba pronto, Sor Inés le iba a echar una buena bronca. El tremendo cansancio que invadía su cuerpo le impidió

continuar su vigilancia. Estaba tan rendida que ni siquiera escuchó la conversación que estaba teniendo lugar tras la puerta de su cuarto.

21

En el pasillo, dos estudiantes intentaban no elevar la voz en medio de una violenta conversación. Una de ellas era Elisa, que pretendiendo conservar la calma, miraba a ambos lados para no ser pillada por la monja acusica.

—No quiero hablar más del tema. Lo nuestro se acabó, Ana.

—Sabes que no —respondió furiosa la otra joven.

—Se acabó el día en que te pillé con Miriam. ¿Crees que soy tonta y que no me iba a enterar? Las paredes tienen ojos y oídos. Deberías saberlo ya, llevas más tiempo aquí que ninguna. —Sus ojos verdes seguían estando alerta.

—Pues no pararé hasta que me perdones.

—No es momento de seguir hablando del tema.

—Yo te quiero...

—Tú quieres a todas. —Elisa también sabía hacer daño.

—Repíte eso y...

— ¿Y qué? ¿Me vas a pegar? Déjame en paz. Estás enferma.

Ana dejó pasar unos segundos para volver a recuperar la paciencia. Suspiró hondo y miró a su interlocutora con aire apesadumbrado.

—Oye... Ya te he dicho que lo siento. —Se apoyó contra la puerta de su habitación y se alisó la falda al no saber qué hacer.

—Mira, están a punto de pillarnos. ¿Por qué no lo dejamos para mañana?
—dijo Elisa con tono conciliador.

— ¡Porque no puedo esperar más! ¿Qué tengo que hacer para que veas que estoy arrepentida? —Se le saltaron las lágrimas por la impotencia.

—Nada. Somos amigas y quiero que sigamos siendo amigas.

—El dolor me está hiriendo por dentro. ¡Déjame dormir contigo! —Ana quemó su último cartucho del día.

—Ya está bien, ¿vale? Olvidemos esta conversación.

Elisa entró en su habitación y cerró la puerta de un portazo. Su compañera se despertó con un grito de espanto. Al ver que se trataba de la morena, se fue tranquilizando, aunque su pulso seguía estando a mil por hora.

—Lo siento. —La chica de mirada esmeralda se sentó toscamente sobre su cama y comenzó a desnudarse.

— ¿Te han pillado? —preguntó Marta con preocupación.

22

—No —dijo Elisa, parca.

—Entonces, ¿qué ocurre? —dijo la más joven frotándose los ojos con el dorso de la mano.

—Acabo de tener una pelea con... una de mis amigas —contestó la morena a la vez que se recogía la melena en una coleta—. Dios mío, ¿por qué todo me sale tan mal?

—dijo mientras comenzaba a ponerse el pijama.

— ¿Quieres contarme de una vez lo que te pasa?

Marta fue tan cortante que Elisa no atinó a responderle. Es más, hasta se sintió cohibida y avergonzada ante la firmeza de aquella chica. Pero no siempre era así. A la morena le encantaba ver sonrojada a su compañera porque la encontraba sumamente adorable. Pero lo que más le gustaba era llegar tarde de la biblioteca y verla dormida.

Alguna vez se acercó a la cama de Marta para darle un beso de buenas noches en la frente, hecho que siempre fue costumbre con su hermana pequeña. De alguna forma le recordaba a ella, pero el cariño que estaba empezando a sentir por esa chica no tenía nada que ver con el amor fraternal.

—Vale, nos vemos tres veces al día y casi no hablamos, pero desde el primer día en que nos conocimos, te he considerado mi amiga. ¿Por qué no haces tú lo mismo? —

La rubia se armó de valor para reprender a la mujer de sus sueños.

—Tienes toda la razón —contestó la otra con la mirada gacha.

—Cuéntame qué está pasando aquí. A mí no me engañas. Tú estás muy rara últimamente... Te encuentro muy triste e incluso te he oído llorar. ¡Estás empezando a preocuparme!

A pesar de que al día siguiente tendría que hacer un examen a primera hora, la muchacha de cabello castaño decidió abrir por fin su corazón a su nueva amiga. No resultó fácil revelarles que llevaba un año de relación con la chica que antes le gritaba en el pasillo, y mucho menos decirle que acababa de terminar con ella por motivos de infidelidad. En todo momento, Marta se mostró paciente y comprensiva, y en más de una ocasión fue el paño de lágrimas de la deidad de ojos color agua marina. Por su parte, Elisa comprobó la ternura que la rubita estaba dispuesta a regalarle. Encontró en ella alguien sólido a quien aferrarse, a una joven firme y dulce con quien reír y pasar un buen rato. Pero, sobre todo, fue aquella forma tan especial en que le hablaba lo que hizo saltar la chispa dentro de su corazón.

Cuando las confesiones llegaron a su fin, ambas regresaron a sus respectivas camas. No supo por qué, pero si hubiera besado a Marta como algunas noches, en esta ocasión no lo habría hecho en la frente.

II

24

OceanofPDF.com

II

Sevilla, julio de 1985

En los asientos traseros del Simca, viajaban abrazadas Marta y Verónica. La rubia miraba el paisaje a través de la ventanilla abierta, mientras que su novia descansaba plácidamente sobre su hombro. Luis iba al volante y Daniel, sentado de copiloto, controlaba la ruta con un mapa.

Regresaban de un fabuloso día de playa en las costas gaditanas, de donde Dani era oriundo. Ahora atravesaban la provincia de Sevilla, concretamente la Sierra Norte. Aún les quedaban varias horas de trayecto y estaban cansados.

— ¿Hemos llegado ya? —preguntó Marta con burla.

—No. Y cállate ya, picha, que me estás poniendo mala

—respondió Daniel.

—A ver, y ahora... ¿por dónde tiramos? —Luis estaba completamente despistado.

—Por el próximo desvío que veas. Después giras a la derecha y entras en la comarcal cuatro. Lo siguiente: curva a la derecha ras y...

—Vale, Carlos Sainz, no vayas tan rápido que me pierdo —dijo el piloto.

— ¿Hemos llegado ya? —La rubia volvió a la carga.

—Ay, Dios Mío. Ya no sé qué hacer. ¿Me mato, me secuestro o me voy al Corte Inglés? —Daniel ya estaba de los nervios.

—Joder cómo te pones por una bromita de nada...

—La madre que te parió, picha. Llevas así desde que salimos de Cádiz.

— ¿Y las risas? —Marta trataba de calmarlo.

—Ni puta gracia, oye.

—Pues a mí sí que me hace... —Luis sí se reía mucho con la rubia.

—Tú te callas y conduce —sentenció el guía.

Después de un rato, decidieron detenerse en un café-bar de carretera que encontraron en medio del camino. Bajaron del vehículo y pidieron cuatro cafés.

Sentados a las mesas de plástico que había en el porche, comenzaron a hacer balance

25

de su día de ocio. A Marta le dio por girar la cabeza hacia el paisaje y, para su sorpresa, descubrió algo que acaparó toda su atención. De frente encontró una fuente de tres caños de la que manaban chorros de agua cristalina. Encima de la pila, había una inscripción en azulejos de porcelana y, en el centro de ésta, un llamativo escudo. Pero no se trataba de un escudo cualquiera, no. Era el escudo del aguilucho negro de Franco.

Sobre él rezaba el conocido emblema de una, grande y libre. La muchacha rubia no pudo evitar acercarse, la curiosidad podía más que la repugnancia.

Cuando estuvo sólo a unos pasos de los caños, advirtió que éstos estaban custodiados por mortíferas avispa que no cesaban de revolotear. Parecía hecho adrede, había que tener mucho cuidado si uno quería leer el rótulo de aquella inexpugnable fuente. Pero Marta lo consiguió. Se acercó con cautela y se detuvo delante del letrero para poder saber qué demonios hacía allí un recuerdo tan agrio del pasado.

—Ey, escuchad —dijo en alto para sus amigos—. Esta fuente simboliza la unión de dos pueblos hermanos que comparten agua y vida. El Pintado agradece la construcción de la presa para que el agua, uno de los bienes más preciados que posee la Sierra Norte, sea accesible a todo el que la necesite.

Este vínculo inquebrantable será re-cordado por todos los lugareños como regalo que hace España a dos pueblos hijos de esta gran nación. El Pintado, catorce de noviembre de mil novecientos setenta y tres.

—Qué fuerte, tú —exclamó Daniel.

—Y tanto. —Luis no salía de su asombro—. Menuda reliquia.

—Pues yo me voy a hacer una foto para el recuerdo. —Dani se levantó y sacó la cámara de su mochila.

—Ponte con Marta. Yo os la hago.

Daniel y su amiga del alma posaron divertidos haciendo un corte de mangas al escudo franquista. Las carcajadas fueron generales.

Mientras sucedía esto, el camarero del establecimiento salía con los cafés en una bandeja. Al ver el panorama, se sintió aún más ofendido y molesto que cuando trató de anotar el pedido y ellos no hacían más que besuquearse y hacerse carantoñas. Pero hubo algo que acabó de rematarle. En un momento de euforia colectiva, Daniel, al grito de “Franco cabrón”, lanzó una piedra contra la inmaculada fuente. El camarero no tuvo más remedio que dejar la bandeja en la mesa de un golpe y comenzar a soltar una retahíla de insultos contra los cuatro forasteros.

— ¡Maricones, hijos de puta! Como no os vayáis de aquí, ¡llamo a la policía!

¡Degenerados! ¡Vándalos!

—Oiga, tranquilícese —le exigió Luis.

26

— ¿Cómo que me tranquilice? Vienen aquí para escandalizar... ¡Y encima intentan cargarse la fuente! Son ustedes unos enfermos, unos viciosos. Si viviera Franco estarían en la cárcel y no en la calle. ¡Gamberros!

—Está bien, nos vamos —dijo Verónica, conciliadora.

— ¿Y la cuenta?

—No nos gusta el servicio —respondió Luis.

—Pero me tiene que abonar los cafés.

—Que te los pague Franco, mamón —exclamaron al unísono Daniel y Marta.

Los cuatro echaron a correr y se metieron en el coche. Luis arrancó lo más rápido que pudo; aceleró hasta que se alejaron de aquel lugar lo bastante para no ser alcanzados por las piedras que les arrojaba el enfurecido camarero.

—Para habernos matado —dijo entre risas la novia de Marta.

—No hay nada como hacer amigos. —La rubia se lo tomaba con humor.

—Hijo de puta. —Dani seguía indignado—. Maricón su padre.

— Tranquilízate, cariño. No merece la pena. —Luis mantenía la sonrisa por los dos—. Anda, dime por dónde se va a la autovía.

— ¿Hemos llegado ya? —Marta inició, una vez más, su mantra de viaje.

Daniel, debido a la tensión, no pudo hacer otra cosa que echarse a reír. Llegó un momento en que contagió a todos y no había quien parara. Cuando la tirantez hubo desaparecido, encendió la radio. Con la música de los Mecano, emprendieron el regreso a Madrid con la alegría de haber vivido juntos una aventura que recordarían con cariño años más tarde.

Madrid, diciembre de 1979

En el comedor, cuatro escolares se reunían en torno a una mesa rectangular. Ana, una jovencita de diecisiete años, era quien más sobresalía en todo el corro, pues era bastante alta, tenía el cabello muy largo y su voz era ronca.

—Creo que le gusta otra —dijo, despechada.

— ¿Quién? —preguntó curiosa una de las que escuchaban.

27

—La renacuaja ésa con la que comparte habitación. Se llama Marta. —Sus celos se estaban transformando en odio a medida que iba pensando lo que pronunciaban sus labios.

— ¿Y qué piensas hacer?

—Pues apartarla de mi camino con mucho estilo.

—Tendrás que tener cuidado con Elisa. Desde que llegó esa rubita, no hace más que defenderla. Seguro que contigo no hace una excepción.

—Eso ya lo veremos. —Ana miraba a la nada mientras pensaba un plan.

—Tienes poco tiempo. Dentro de una semana, ya no estaremos aquí.

—Suficiente. Ya veréis cómo me deshago de ella. —La muchacha más alta hablaba con firmeza y convicción mientras las demás no creían que todo fuera a resultar tan sencillo—. Con buenas maneras, todo se consigue. Y si no, por las malas.

— ¿Y qué pasará con Elisa?

—Será mía para siempre.

Terminó de repasar el examen de física por tercera vez y lo dejó sobre la mesa de la profesora. Al salir del aula, respiró hondo y sonrió. La pesadilla está a punto de acabar.

Ya sólo le quedaba por hacer el de química, y cuando se hubiera librado de él, llegarían las merecidas vacaciones.

Satisfecha y despejada, decidió darse un respiro. Después del duro trabajo siempre hay una gran recompensa, así que optó por tomarse la tarde libre para leer, charlar con sus compañeras y pasear al atardecer. Pero lo primero que hizo en su tiempo de ocio fue buscar a Marta para ayudarle a estudiar

filosofía. La muchacha se lo había pedido encarecidamente días atrás porque se veía total-mente indefensa ante aquel pesado libro. De manera que se dirigió a su habitación pensando encontrarla allí.

Abrió la puerta y sus ojos se abrieron de par en par del susto. Una muchacha fornida y con cara de pocos amigos la esperaba sentada en el poyete de la ventana, mirándola fijamente.

—Vaya, ¿no es a mí a quien buscabas?

— ¿Qué haces aquí? ¿Cómo has entrado?

—Aún conservo nuestra llave. —Bajó de un salto y desafió a Elisa a que la mirara—

. ¿Qué pasa? ¿Ya no te alegras de verme?

—Ana, vete de aquí.

28

—Vamos, Eli... —Se acercó a ella lentamente, como una gata que acecha a su presa con cautela—. No me dirás ahora que prefieres acostarte con una niña de teta...

— ¿Qué estás diciendo?

—La verdad. 'Podo el mundo sabe que estás por Marta.

—Eso es mentira. —Elisa evitó la mirada acusadora de su antigua novia agachando la cabeza.

—Ah, ¿sí? Y entonces, ¿por qué ya no te sientas a comer junto a nosotras? ¿Por qué pasas toda la tarde con esa enana? ¿Acaso sabe hacerte más cosas que yo?

La mano de Elisa golpeó fuertemente la mejilla de Ana. Al darse cuenta de lo que había hecho, se llevó las manos a la boca y se le saltaron las lágrimas por la tristeza. La crueldad de la muchacha de voz profunda había

provocado una explosión de ira en su interior. Sin decir nada más, salió corriendo de la habitación. Ana continuó en estado de shock, no notaba ni el dolor del tortazo ni el calor de la sangre agolpada en su mejilla.

Llegó a la biblioteca por casualidad, pues la rabia le impedía controlar el rumbo de sus zancadas. Escogió un libro al azar y se sentó en una cómoda silla. Parecía inmersa en la lectura, pero lo cierto era que estaba camuflando su monólogo interno.

¿Por qué le habían afectado tanto las palabras de su nueva enemiga? ¿Acaso había algo de verdad en ellas? ¿Tanto se notaba que entre Marta y ella existía una química especial? ¿Iba aquella relación más allá de la pura camaradería? ¿Qué comentarios rondarían sobre ellas por el centro? ¿Era todo aquello una nueva mentira de Ana para tratar de recuperarla?

De pronto, una mano se posó en su hombro. Dio un respingo en la silla y, como un rayo, giró la cabeza para ver a la presunta homicida.

— ¡Hola! —exclamó Marta.

—Por poco me... —El rostro de Elisa era tan pálido como el de un muerto.

—Te he estado buscando. Tus amigas me dieron tu recado.

— ¿Qué?

—Sí. Cuando iba a entrar en el cuarto, las dos chicas que siempre acompañan a Ana me dijeron que habías cambiado de planes y me esperabas en la biblioteca.

—Mierda... —dijo, y enterró la cabeza debajo del libro.

—No entiendo nada.

—La verdad... yo tampoco.

—Eli, ¿te apetece que mejor vayamos al jardín? Podemos sentarnos en los merenderos.

—Pero allí hace demasiado frío como para ponerse a estudiar. Dime, con esos guantes... ¿de qué manera vas a pasar las páginas del libro? ¿A lametones?

—No, tonta, ya repasaremos luego, cuando te encuentres mejor. Estás agobiada, salgamos para refrescar las ideas.

Y antes de cruzar el umbral de la biblioteca, Elisa se detuvo y agarró del brazo a su amiga para que, como ella, parara en seco. La muchacha rubia quedó muy sor-prendida ante aquella reacción tan extraña.

— ¿Qué pasa?

—Mírame a los ojos y contéstame lo más sinceramente que puedas.

—Lo intentaré. —Marta comenzó a sentir cómo se le formaba un nudo en el estómago.

—Piensas que yo soy... ¿bonita? Es decir, verás... —Tragó saliva para formular la pregunta final: —Ya sé que a ti no te van las mujeres, así que te plantearé la cuestión bajo otro punto de vista. Si tú fueras un chico, ¿te enamorarías de mí?

Marta no sabía qué responder. Si le decía la verdad, su corazón acabaría en pelotas delante de su musa particular, pero si le mentía, en vez de ayudarla a que se animara, la hundiría más en la miseria.

Cuando sus labios se despegaron para emitir la anhelada respuesta, una voz, procedente de unos altavoces colocados a ambos lados de la sala, acabó con aquella alarmante situación.

—Atención: señorita Elisa González, preséntese en Dirección. Hay una llamada telefónica para usted.

Salvada por la campana. La muchacha de ojos verdes acudió rápidamente a la llamada de la directora. Marta continuó parada todavía, pensando en las

consecuencias que habría tenido elegir la respuesta incorrecta. Por esta vez había tenido suerte. Pero

¿cuánto tiempo más podría aguantar así? Los sentimientos estaban ahí y sabía que, al final, acabarían saliendo a flote por la fuerza.

Se marchó a su habitación con el libro de filosofía bajo el brazo. Aún quedaba mucho tiempo para la cena, pero su estómago rugía desesperado. Por delante le esperaban dos intensas horas junto a Platón y compañía. Al menos tenía el consuelo de que, de postre, hoy tocaba pastel de chocolate.

30

Madrid, junio de 2000

Marta abrió los ojos y se encontró tirada en la desabrida tierra de un lugar que no conocía. Tenía las manos y los pies atados con cinta adhesiva plateada de la que era imposible escapar. Parpadeó para aclarar su visión. Se giró para buscar más pistas sobre su paradero. A su derecha halló una casucha vieja, medio derruida, con una puerta de hierro visiblemente oxidada.

—Ya se ha despertado —alertó un hombre vestido con una chupa negra que apareció de detrás de un arbusto.

Un segundo cómplice salió de la destartada casa y se aproximó hasta ellos con sonrisa maliciosa.

—Bueno, bueno, bueno... —Sacó una porra metálica y la puso bajo la barbilla de Marta—. Así que tú eres la famosa tortillera...

— ¿Quiénes sois?

— ¿Y a ti qué más te da? Después de que te demos una paliza, no creo que eso te importe demasiado —dijo el matón metiendo su porra de nuevo en el cinturón—. No queremos bolleras en esta ciudad, ¿me oyes?

— ¿La suelto ya?

—Sí. Nos vamos a divertir mucho. Que empiece ya la caza de la zorra.

El que parecía el subordinado desató a la mujer rubia y ésta salió corriendo. No llegó a los cien metros cuando el pitido de un silbato le provocó un escalofrío que casi la paraliza en medio del bosque. Los ladridos de numerosos perros y las voces de varios hombres le revelaron que había refuerzos al otro lado del bosque. Estaba perdida, era una trampa sin salida. Aun así, siguió corriendo, era lo mejor que podía hacer en lugar de esperar a que la atraparan.

Tal y como pensaba, cuando hubo recorrido casi medio kilómetro, se los encontró de frente. Unos potentes dientes se clavaron en la parte inferior de su pierna izquierda.

Cayó al suelo de bruces pero el rabioso perro no se soltaba. Otro perro llegó hasta donde yacía herida y la atacó en un brazo. Cuando ya presentía su final, llegaron cuatro hombres más y ordenaron a los perros que cesasen de agredirla. Los animales hicieron caso y se sentaron a la espera de nuevos mandatos.

Marta estaba a punto del desmayo. Nadie oía sus gritos, nadie vendría en su ayuda. Aquellos tipos iban a matarla brutalmente y sabía que iba a morir sola. Quizás ello le doliera más que el hecho de ser asesinada por unos matones.

El tipo que estaba al mando de aquella salvajada se acercó a ella, se puso en cuclillas y comenzó a reírse cruelmente. Acto seguido, le atizó un puñetazo en la cara

31

que le partió la nariz. La sangre empezó manar y resbalaba barbilla abajo. Marta sufría un dolor extremo, pero ello no parecía aplacar la ira de sus atacantes.

Como vio que no había conseguido noquearla, el tipo optó por utilizar su as guardado en la manga. Con el puño americano colocado entre sus nudillos, le atizó a la indefensa víctima un segundo golpe en la mejilla.

La última imagen que grabaron sus retinas antes de caer al suelo inconsciente fue la de una porra de hierro marca B. L. dirigiéndose rápidamente hacia su estómago.

Madrid, marzo de 1981

Aunque todavía no había llegado la primavera, ya hacía un sol de justicia. Las hojas de los árboles bailaban al son de la música producida por el suave viento del atardecer.

Se oía el alegre piar de los gorriones que poblaban el recinto, que no eran pocos, y por las calles de tierra, paseaban cientos de parejas sonrientes y felices.

La zona de barcas era la más solicitada por los enamorados, pero ese no era el caso de Carlos y Elisa. Ellos paseaban juntos pero sin que ningún vínculo los uniera aparentemente. Sus cuerpos no se rozaban, sus manos no se entrelazaban. Ni siquiera sus palabras se cruzaban en el aire. Caminaban por El Retiro sin motivo justificado, en silencio y sin mirarse, sólo por hacer algo en aquella tarde de domingo.

Elisa no paraba de pensar en su padre. Aquel gran dictador había sido con ella, una vez más, un asqueroso tira-no. La había juzgado y condenado sin que hubiera tenido la posibilidad de defenderse. Ahora pagaba un desmedido castigo por un abominable pecado que, a sus ojos, no era tan grave. De hecho ni siquiera lo consideraba una falta, sino una elección que tuvo que tomar el día en que decidió ser honesta consigo misma.

Para ella, ser lesbiana no era un error, era otro rasgo más que definía su persona. Pero claro, a esas alturas del partido, no podía esperar que sus padres, tan rectos ellos, fueran a comprenderla sin más.

La boda con Carlos se celebraría dentro de un año, justo una semana después de que Elisa cumpliera los veintiuno. Por supuesto, ya podía decir adiós a su carrera de medicina. En este momento, lo que más le importaba a su padre era que Elisa recuperara la cordura. De modo que, durante el periodo de noviazgo, no tenía otra cosa que hacer más que pasear y conocer más a fondo a su futuro esposo, que por supuesto sí podría seguir

estudiando económicas y la mantendría de por vida. Su destino como maruja sumisa y complaciente ya era ineludible.

A pesar de todo, aquel hombre que andaba junto a ella no era como su padre. Le hacía regalos, le escribía románticas cartas y era todo un caballero. Se notaba que él

32

bebía los vientos por ella. Sólo había un inconveniente en aquella pareja que parecía perfecta: Elisa no estaba enamorada de él. Ella no podía querer a aquel novio de conveniencia, apenas le conocía. Se lo habían adjudicado como si lo hubiera ganado en una subasta. Los hilos de su vida eran manejados en contra de su voluntad, con lo cual sus padres no podían exigirle a su hija que encima les agradeciera el detalle. A Elisa le gustaban las mujeres y, más concretamente, le gustaba Marta, aquella chiquilla a quien había dejado tirada en el reformatorio monjil. Cada vez que se acordaba de ella, más dolor sentía por todo lo que le estaba sucediendo. No podía hacer nada por detener aquella catástrofe. Estaba sentenciada a vivir en un infierno de hermosa apariencia.

Carlos, por su parte, pensaba en cómo sería su vida de casado. Sabía que la mujer que le acompañaba era la perfecta madre para sus hijos, porque pensaba tener dos como mínimo. Se comprarían un bonito piso en el centro con balcones que dieran a la calle y posibilitaran la entrada de luz en el coqueto salón que su mujer habría decorado con estilo. Tendría un coche familiar con el que ir con los niños al campo para respirar aire puro y con el que iría de compras con su amada mujercita.

Todo era de color de rosa en la cabeza del ingenuo muchacho. Creía que su futura cónyuge era poco habladora porque era de naturaleza tímida, y pensaba que su rigidez a la hora de ser abrazada era culpa de su pudor y su educación religiosa. Sin embargo, los motivos eran bien distintos. Al no haber comunicación entre ellos, ninguno intimaba verdaderamente con el otro. Eran unos completos desconocidos que pronto serían marido y mujer.

El inocente novio nunca sabría nada sobre la verdadera sexualidad de su novia; el padre de Elisa lo había decidido así. De esa manera, afianzaría aún

más los planes para su hija. Si por algún motivo aquel secreto se descubría, Elisa acabaría sufriendo las consecuencias. Cualquiera en su pellejo llevaba la contraria al viejo.

— ¿Qué te parece si nos tomamos un café en aquel chiringuito? —le preguntó Carlos.

—Gracias, pero preferiría volver a casa. Estoy cansada. —Elisa quería quitárselo de en medio cuanto antes.

Se dirigieron hacia la salida y fueron hasta la boca de metro más cercana. En veinte minutos, estuvieron en casa de los padres de ella.

—Habéis llegado en el mejor momento. Han venido los tíos de Barcelona —dijo el padre al recibir a su hija—. Quieren conocer a tu novio. Anda, pasa, que están deseando verte.

Elisa quiso morir en ese preciso instante. No sólo estaba ya saturada de Carlos sino que, encima, tendría que presentarlo en sociedad. Aquello era más de lo que podía

33

soportar aquella tarde. Así que, sin pensarlo dos veces, fue hasta el salón arrastrando a su pareja del brazo y se detuvo delante de sus tíos con semblante serio.

—Carlos, te presento a mi tío Enrique y mi tía Carmen. Tíos, éste es Carlos. Y ahora, si me perdonáis, me voy a mi cuarto. Estoy muy cansada y quiero descansar.

Bajo la mirada atónita de todos los que estaban en el salón, Elisa se metió en su cuarto y cerró la puerta con pestillo. Se tumbó rápidamente en la cama y suspiró. Estaba agotada tanto física como psicológicamente.

—Un día menos —dijo en voz alta.

La cuenta atrás había comenzado hacía ya dos meses y parecía interminable. Pero la verdad era que, aunque quería que el tiempo pasara

muy rápido, en el fondo deseaba con todas sus ganas que aquel fatídico día no llegara a hacerse realidad.

Y tras haber llorado en silencio durante un buen rato, Elisa dejó que el sueño se hiciera dueño de su cuerpo y de su alma.

Madrid, enero de 1980

Marta se desperezó y comprobó que había parado de nevar. Los cristales de la ventana estaban cubiertos de vaho, así que tuvo que retirarlo con la palma de la mano para ver el exterior. La nieve cubría todo lo que alcanzaba su vista. Sin duda aquel era uno de los inviernos más crudos que había conocido nunca.

—Buenos días. —Elisa se había despertado triste.

—Buenos días. Por fin es sábado.

—Sí...

— ¿Qué te pasa? —Marta temía saber la verdad.

—He dormido mal.

—Ya sé que la cena de anoche no fue para tirar cohetes, pero tampoco es para que sigas con mala cara.

—Tonta... —La rubita siempre lograba arrancarle una sonrisa cuando menos lo esperaba.

—Es Ana otra vez, ¿no?

—Algún día se dará por vencida. Ya no puede hacerme más daño.

34

—Anda, vamos a dar un paseo. Tengo ganas de que me dé el aire. —Marta la cogió del brazo para animarla.

Aunque hacía bastante frío aquella mañana, las dos jovencitas se abrigaron bien para caminar un rato. Habían vuelto a las clases tras el fin de la navidad y, como había llegado el fin de semana y no habían tenido ocasión hasta la fecha de conversar más de un minuto con el regreso de las tareas, aprovecharon para contarse al detalle todo lo que les había ocurrido durante las vacaciones.

— ¿Qué tal con tu padre? —preguntó la más joven.

—Como siempre. Fatal. Ya sabes cómo me llevo con él. Me ha dicho que está deseando que llegue el verano para que vuelva a casa.

—Pero eso no es malo...

— ¿Sabes para qué? Para presentarme al distinguido hijo de su viejo socio. No he cumplido los diecinueve y ya me está eligiendo novio.

— ¿Un novio? —El corazón de la más joven se quebró como el cristal.

—Pero no un novio cualquiera, sino el perfecto para él: culto, cristiano y, lo más importante, con bastante dinero. Su padre y el mío son accionistas de una gran empresa.

Supongo que tiene miedo a que yo elija el hombre equivocado y se vayan al traste sus sueños de fortuna.

— ¿Y tu madre qué opina?

—Ella no tiene ni voz ni voto. Nunca lo ha tenido. Es el precio que tuvo que pagar cuando se casó con el hombre que le paga todos sus caprichos.

—Comprendo. Pero si tanto odias que tu padre maneje tu vida, ¿por qué no haces algo?

— ¿Cómo? Si al menos me conociera tal y como soy... Ni siquiera sabe que soy atea, imagínate el disgusto que se llevaría al enterarse de que... Bueno, ya sabes, de que soy lesbiana. Me mataría... o peor, me metería en un convento de por vida.

—No sabía que tus padres fueran tan... conservadores. Tú no eres así.

—Esa faceta de mí es algo que sólo conoces tú. Para sobrevivir aquí hay que aprender a mentir.

—Pues yo no puedo. Ya sabes que traigo de cabeza a todas las monjas porque no me creo nada de lo que dicen. Yo no tengo la culpa de haber nacido así.

—Y entonces, ¿por qué estás aquí?

—Por mi madre. No soporta que sea tan contestona y rebelde. Piensa que aquí me formaré debidamente y que regresaré a casa hecha una señorita.

35

—Otra como mi padre.

—Sí. Es más tradicional. Mi padre es diferente, es más como yo. El me anima continuamente diciendo que, estudie donde estudie, siempre seré yo. Supongo que hay cosas que no cambian. Es cuestión de genes.

— ¿Lo estás pasando mal aquí?

—Lo llevo bien. Aunque lo que más detesto es el olor a viejo que tiene todo el edificio. —Se detuvo para hacer una mueca de desagrado.

—No es el edificio, son las monjas.

Las dos adolescentes se miraron a los ojos y estallaron en sonoras carcajadas. Elisa notó que sus manos sudaban bajo los guantes, señal inequívoca de que Marta andaba muy cerca de ella. La rubia vio que su amiga también estaba tensa, una vez más, por el influjo de su mirada. De modo que, para relajar el ambiente, tosió y prosiguió caminando.

Se adentraron en la arboleda, casi en los límites del recinto. Ninguna de las dos pronunciaba palabra alguna. Fue Marta la que de nuevo intentó romper el hielo.

—Fíjate, está nevando otra vez —dijo mirando al cielo.

—Vaya, pues no me he traído mi gorro. —Elisa apoyó su espalda contra un robusto árbol.

—Toma, ponte el mío.

Marta se acercó hasta la chica de pelo castaño y le colocó el gorro con delicadeza.

Sólo las separaba una delgada línea de aire fresco, así que sus miradas se encontraron y no pudieron hacer nada para evitarlo. Los corazones de ambas latían a una velocidad de vértigo y sus labios pedían a gritos un beso. Pero, en el último momento, cuando las bocas iban a juntarse por primera vez, el pánico se adueñó de la más veterana.

—Oye, esto no está bien. —Se separó y empezó a correr en dirección al edificio dormitorio.

—Elisa, ¡espera! —No podía creer que la chica a la que tanto amaba estuviera huyendo de ella.

Se quedó inmóvil por unos instantes mientras miles de copos helados caían sin cesar. Aquello era una ironía: Elisa, que para ella era sinónimo de alegría, ahora era igual a llanto. No podía comprender cómo el amor a veces podía doler de una manera tan desgarradora.

36

Sevilla, octubre de 2000

En la calle Jiménez Rubio, dos personas estaban detenidas delante del local número diez. Una de ellas hablaba por el teléfono móvil; la otra se limitaba a esperar.

Pasaron algunos minutos y por fin apareció el hombre al que esperaban. Los tres entraron en el local, aún vacío y sin pintar. Pero aquellos eran detalles sin importancia, porque lo primordial era que parecía espacioso, y el precio, más que razonable.

—Pues, si no tienen más preguntas, fírmeme aquí —dijo el vendedor del sótano del inmueble.

—Gracias por todo. En cuanto obtengamos el crédito, realizaremos el pago a plazos, como está convenido.

Se estrecharon la mano sonrientes y, después de meter los documentos de venta en un maletín, el señor Fernández, que así se llamaba el vendedor, se marchó por donde había venido.

—Aún no puedo creer que sea nuestro.

—Pues empieza a creértelo porque dentro de poco aquí habrá una librería gay. —

Marta estaba muy contenta por la adquisición.

—Nuestro negocio... Qué ilusión más grande, madre —dijo Dani imaginando la decoración que quería para el local—. Por cierto, ¿qué nombre le vamos a poner? Ahora mismo estoy tan nervioso que lo único que se me ocurre es pensar en el tono en que van a ir las paredes.

—Pues yo tengo uno que desde hace tiempo me ronda la cabeza. ¿Qué te parece Anfípolis?

—Me gusta. ¿Qué es? —preguntó, sonriente

—Una antigua ciudad griega.

—Pues suena bien. Por mí, vale.

—Bueno, pues vamos a ponernos manos a la obra.

Ambos habían hecho un gran esfuerzo económico para poder realizar su sueño.

Ahora tenían que trabajar duro, pues tenían que realizar las tareas de limpieza, pintura, decoración y puesta a punto de la tienda. Sin cortarse un pelo, Daniel y Marta llamaron a todos sus colegas para que ayudaran a

acelerar el proceso. En dos meses, la librería Anfípolis estuvo lista para su apertura.

Con paciencia y dedicación, los dos amigos consiguieron que el negocio fuera uno de los más célebres del barrio. Repartieron miles de invitaciones para la inauguración y

37

acudieron todos los que habían ayudado a que el ambicioso proyecto se cumpliera. La librería no tardó aquella tarde en llenarse hasta los topes.

Cada semana preparaban un acto sorpresa con el que conseguían hacer una importante recaudación. Traían a famosos escritores y gente popular del ambiente.

Llegado el fin de mes, la caja se llenaba de billetes y su tienda, de buenos clientes.

Debido a su trabajo, Marta sólo regentaba la librería días contados. Así que era Daniel quien se encargaba del negocio permanentemente, ya que después del accidente, su carrera de bailarín quedó truncada. Detrás del mostrador se sentía útil, ya que ahora el negocio era lo único por lo que se sentía realmente ilusionado.

A medida que las ganancias aumentaban, iban invirtiendo más en la decoración del local. Dos semanas después de que se abriera, consiguieron comprar un gran letrero luminoso con la bandera multicolor para la fachada de su tienda. Y dos meses después, ya estaban pensando en una nueva franquicia.

Habían tenido suerte eligiendo lugar para montar el negocio. Aquel barrio tenía fama de ser bastante tolerante. Además, era la única tienda de temática homosexual de la ciudad. Pero ambos propietarios sabían que aquello no podía ser tan perfecto, de modo que hicieron encuestas de popularidad. Todo parecía indicar que aquel nuevo establecimiento contaba con el beneplácito de la gran mayoría de clientes y vecinos del barrio. De

modo que ni Marta ni Daniel podían imaginarse que los problemas por la apertura de aquella librería les vendrían de fuera.

Madrid, junio de 2000

Hacía un sol de justicia. Las temperaturas habían subido tanto que Carlos no tuvo más remedio que aguardar dentro del coche con el aire acondicionado a tope. Acababan de dar las seis de la tarde. La calle estaba vacía y las ven-tanas de los edificios, cerradas.

Para amenizar la espera, abrió un paquete de pipas y fue comiéndoselas despacio, como si no tuviera nada más importante que hacer en aquella tarde de verano.

Transcurrieron unos minutos en los que no ocurrió nada, pero cuando todo parecía perdido al no ver acercarse nadie a su portal, apareció un coche rojo que a Carlos le resultaba demasiado familiar. Esta vez, de él bajaron dos personas: la mujer rubia de siempre y un hombre que parecía bastante afeminado.

Cuatro horas tardó la puerta en volver a abrirse. Para entonces, él ya había hecho algunos arreglillos al coche de su enemiga. Se sorprendió al ver que quien salía del edificio no era Marta, sino su acompañante. En un segundo tuvo que cambiar de planes.

Estaba claro que el tipo en cuestión se marchaba para dejar solas a su mujer y su amante.

A pesar de no intervenir directamente en aquel delito de infidelidad, Carlos lo consideró

38

cómplice de todo, de modo que también iba a recibir su merecido. Su pecado fue aparecer en el peor sitio y en el peor momento, sin saberlo.

El vehículo rojo se puso en marcha y se perdió en la avenida, así que Carlos tuvo que acelerar para poder alcanzarlo. Cuando ya estuvo pisándole los

talones, inició una serie de embestidas a la parte trasera del coche de Daniel que casi consiguen desestabilizarlo. El hombre del automóvil rojo comenzó a pitarle, en señal de protesta, ante las acciones peligrosas que estaba obligado a hacer para tratar de esquivarlo. Pero aquello no sirvió de nada. Los ojos de Carlos no perdían de vista la cara de desesperación del impotente conductor y eso lo excitaba más y más. Daniel estaba forzado a conducir bajo presión, vigilando y a la vez intentando desaparecer de la vista del perturbado conductor del deportivo negro.

La persecución llegó a su momento álgido al bajar la calle Cisneros a toda velocidad. Tantas veces se giró para vigilar a su persecutor que no se dio cuenta de que el coche se había salido de la carretera y se había metido en la acera. Cuando fue consciente de ello, fue demasiado tarde. Dio un volantazo, el coche giró sobre sí mismo y se estrelló contra un muro lleno de grafitis.

Carlos no se detuvo siquiera a mirar el accidente que él mismo había causado.

Desapareció de allí a toda velocidad, dejando tras de sí una nube espesa de humo y un intenso olor a neumático quemado.

Madrid, febrero de 1980

Terminó de ducharse y se colocó una toalla. Se secó con cuidado su rubia melena y se calzó las zapatillas. Al salir de la ducha, se topó de frente con la ex de Elisa. Ana la esperaba apoyada contra la pared del baño, con los brazos cruzados. Cuando la vio aparecer, se irguió para empezar con sus amenazas.

—Mira, enana —dijo la de más edad agarrando a la rubia por el cuello de una forma muy violenta—, se me ha acabado la paciencia. O te apartas de Elisa y la dejas en paz o te van a sobrar motivos para largarte de este sitio.

— ¿Qué pasa? ¿Que en esta ocasión, en vez de mandarme para la biblioteca, prefieres venir a espantarme en persona? ¿Te crees que aún tienes oportunidades para conseguir a Elisa? Escúchame bien: no te quiere.

Y yo no voy a dejar que sigas molestándola con tus pamplinas de niña caprichosa.

—Ahora verás.

Ana estampó a su oponente contra la pared. Aumentó la presión que ejercía sobre la jovencita de ojos marrones mientras sus nervios aumentaban de forma vertiginosa.

39

Marta conservaba aparentemente las formas, pero por dentro estaba atemorizada. Sus pensamientos se desordenaban caóticamente en su cerebro y no le proporcionaban una solución útil para aquel entuerto.

—Tú decides. Si te apartas de Elisa, no volveré a acercarme a ti. Pero si no lo haces... —le acercó el puño hasta la nariz.

—Tú no eres nadie para decirme lo que tengo que hacer —dijo Marta revolviéndose bruscamente y zafándose de las garras de su opresora—. Óyeme tú ahora: no te tengo miedo —dijo enfurecida—. Sé que Elisa no te quiere. ¿Y sabes por qué? Porque me quiere a mí.

Ante aquella demoledora declaración, Ana no pudo contener la rabia que le corría por las venas. Con toda su fuerza, la agarró por un brazo y, con la otra mano, le lanzó un potente puñetazo. Los reflejos de la otra chica la salvaron de ser el blanco de aquel misil sin control. Se escuchó un grito de dolor. En un segundo, Marta había desaparecido. En el baño quedó sola la terrible agresora que, con los nudillos tremendamente doloridos por el impacto en la pared, lloraba con la mano y el orgullo heridos. En el suelo apareció abandonada la toalla que, segundos antes, envolvía el cuerpo mojado de la muchacha rubia.

Por la penumbra del largo pasillo, Marta corría desnuda a toda velocidad tratando de llegar a su habitación en el menor tiempo posible. Su cuerpo aún no se había recuperado del subidón de adrenalina provocado por la excitación. Ya sólo le quedaban unos metros para alcanzar su puerta pero, justo cuando se vio a salvo, Sor Inés salía de una de las habitaciones que

rodeaban a la suya. De nuevo, poniendo a prueba toda destreza, consiguió zafarse de la vergonzosa situación, ya que consiguió entrar en su habitación tan rápido como le permitieron sus piernas.

El destino quiso volver a gastarle una broma pesada. No teniendo bastante con todo lo anterior, al entrar en su cuarto tropezó con unos zapatos que horas antes había dejado desparramados y cayó de bruces al suelo. Antes de que levantase la vista, oyó una armoniosa carcajada. Era Elisa. Estaba sentada justo enfrente de ella contemplando la escenita sin poder parar de reír. Marta se levantó poco a poco, intentando cubrirse las vergüenzas con las manos. Sus mejillas estaban tan coloreadas que podía notar el calor que desprendían.

Cuando estaba a punto de darle a la mujer de ojos ver-des una explicación racional del porqué se encontraba en pelotas, la puerta de la habitación se abrió y de nuevo se vio las caras con Sor Inés. La rubia se quedó completamente paralizada, aunque su cerebro parecía estar tratando de inventar cualquier historia creíble para defenderse.

—Señorita Díaz, ¡quiero verla mañana, a primera hora, en Dirección!

40

La monja se marchó dando un portazo. Hubo un segundo de silencio. De pronto, Elisa volvió a estallar en carcajadas mientras Marta seguía sin saber qué hacer.

—La próxima vez, me ducho con el pijama puesto —dijo la rubita presa de la vergüenza.

Y tras oír esto, Elisa se levantó sin dejar de reír y tapó a su compañera con una de las toallas limpias.

—Gracias —dijo Marta todavía ruborizada.

—No hay de qué —contestó Elisa mientras su mirada se clavaba en la piel desnuda de su compañera de habitación.

La muchacha rubia se puso el pijama lo más rápida-mente que pudo. Elisa, por su parte, se puso a leer para obligar a sus ojos a fijarse en otro punto que no fuera el cuerpo de Marta. El silencio empezó a espesar aún más el aire, que ya de por sí estaba demasiado cargado debido a la alta temperatura que irradiaba la calefacción central.

El profundo suspiro que Marta soltó mientras se recostaba cansada sobre la cama, junto a su libro de literatura, hizo que la morena se diera cuenta de que ambas fingían estar ocupadas.

“Mentira. Puro teatro”, pensó mentalmente Elisa. ¿Hasta cuando iban a estar así?

¿Por qué demonios tenía que continuar refrenando las muestras de afecto hacia su amiga si su cuerpo le gritaba lo que su cabeza intentaba enterrar? Sabía perfectamente que no sólo era afecto lo que sentía por ella. El miedo a tropezar con la misma piedra la tenía atada de pies y manos.

“No puede ser y punto”, concluyó Elisa antes de cerrar los ojos e imaginarse de nuevo entre los brazos de Marta.

Madrid, mayo de 1982

Carlos le levantó el velo y la besó en los labios apasionadamente. Todos los que presenciaban la ceremonia son-reían cómplices de aquel amor tan puro e idílico. Acabó la misa y los novios fueron recorriendo la larga alfombra roja que conducía hasta la salida. Los familiares y los amigos los detenían para felicitar a la joven pareja, lo que exasperaba aún más el ánimo de la novia.

Al salir a la calle por el gran pórtico del templo, fue-ron rociados con un aluvión de arroz y saludos. Se hicieron las fotos de rigor y se metieron en el flamante coche que habían alquilado para aquel día tan señalado. Acomodados ya en los mullidos asientos traseros, el novio le entregó a su esposa una cajita que llevaba guardada en la chaqueta del esmoquin. Elisa, visiblemente sorprendida, la abrió con sumo cuidado y expectación.

Al ver lo que contenía, se quedó boquiabierta.

—Es la pulsera que hace unos meses se te rompió. Como te gustaba tanto, pues pensé que arreglarla sería un buen regalo —dijo el novio esperando alguna reacción por parte de su mujer.

—Gracias, no sé qué decir. Menuda sorpresa.

Elisa sacó la pulsera de la cajita y la extendió sobre la palma de la mano.

—Te aseguro que éste es el mejor regalo que me hayan podido hacer en el día de nuestra boda. —Su voz parecía ahogada por la emoción.

El novio, que sabía perfectamente que su suegro los espiaba desde el espejo retrovisor del conductor, sonrió gratamente complacido y no dudó en ponerle a Elisa la cadenita. Cuando la muchacha la vio colgando de nuevo en su muñeca, volvieron a su mente miles de recuerdos que la hicieron rememorar el motivo por el que le tenía tanto cariño a aquella baratija.

Madrid, noviembre de 1983

Un muchacho de pelo rubio apilaba cajas en el salón de un modesto apartamento.

A su lado, una joven, con el mismo color de cabello, metía ropa en varios cajones en una habitación que había al fondo del pasillo.

—Hay gente que nace con estrella y gente que nace estrellada —dijo Dani mientras abría otra de las pesadas cajas—. Adivina en qué parte me ha tocado estar a mí.

—Calla, no me hables de mala suerte, que de eso ya sé yo un buen rato —replicó Marta a la vez que ayudaba a su amigo a deshacer el equipaje.

—Ya. Pero tú siempre has sido libre y yo no —explicó el muchacho a su muy mejor amiga. Tú te has ido de casa por tu cuenta y a mí me han echado por maricón. Creo que es distinto.

—Es cierto. Pero todo tiene un precio.

Marta se acostumbró pronto a la presencia de su amigo. Al principio, le resultaba extraño volver a compartir habitación con alguien que no fuera Elisa, pero al fin y al cabo, era su amigo y no podía dejarle en la calle tirado como a un perro. Sin embargo, ahora estaba de mejor humor y se sentía protegida, pues tenía alguien con quien hablar, compartir malos ratos y bajones menstruales. Dani era sin duda el mejor amigo que había tenido nunca, porque, a pesar de que no se vieron durante algunos años, su amistad era inquebrantable.

42

Ya no eran críos de cinco años que jugaban en la guardería; esta vez se enfrentaban solos a la vida. Marta ya había aprendido lo que era el rechazo y, a su vez, Daniel conocía de sobra el significado de la palabra homofobia. Pero todo iba a cambiar, porque ahora estaban juntos y eran invencibles. Se tenían el uno al otro y se sentían capaces de todo. Con una meta que perseguir, los dos amigos iban a ponerse el mundo por montera y vivir la vida a lo grande, pues lo único que podían derrochar era juventud.

Organizaron juntos una fiesta después de que Daniel terminara de acomodarse en su nueva casa. Se celebró en la noche de un frío sábado de luna llena. La música pachanguera invitaba a mover el esqueleto y la gran cantidad de bebidas que había provocaron más de una buena borrachera. Chicos y chicas disfrutaban de una velada muy amena en la que podían charlar, bromear e incluso participar en algún juego improvisado para provocar deseados emparejamientos. Al cabo de una hora, todavía seguían apareciendo nuevos invitados, entre ellos, el novio de Daniel.

—Te presento a Marta. Marta, éste es Luis. —Por fin su amiga iba a conocer al hombre de su vida.

—Encantada.

Le dio dos besos.

—Lo mismo digo —contestó efusivamente el chico de cabello negro y perilla.

—Voy a por unas bebidas. —Dani se retiró para dejarlos solos.

Al principio no sabían qué decirse, pero al cabo de unos minutos ya mantenían una conversación interesante. Y, entonces, entró Dani de nuevo en escena.

—Toma, Luis. Tú copa.

—Gracias, cariño. Le estaba contando a Marta que soy escaparatista —dijo Luis tras beber un trago.

—Y de los mejores de Madrid. —Dani miró travieso a su novio.

—No exageres... —Las mejillas del muchacho se encendieron.

—Por cierto, Marta. Hay una chica que me ha dicho que quiere conocerte. Es amiga de Antonio, mi compañero de clase. La verdad es que es bastante mona...

—Paso —dijo la rubia, tajante.

— ¿Y tú eras la que me prometió que iba a darse otra oportunidad? ¿Qué te cuesta? Tampoco te voy a pedir que la violes en el baño. Sólo te la voy a presentar.

—Bah. Está bien —se rindió al fin—. Mira que llegas a ser pesada.

—Créeme que aquí no soy la única, cariño.

43

Dicho y hecho. Sin comerlo ni beberlo, Marta se encontró delante de una mujer desconocida. No estaba del todo mal, sus rasgos eran bastante normalitos. Total, no estaba en condiciones de exigir nada a la suerte. Lo curioso fue que tardaron poco en sentarse a charlar. Descubrió que aquella chica no era la típica buscona ni la descerebrada común: la mujer que tenía delante de sus narices estudiaba filosofía y letras. Sí, filosofía, esa asignatura tan jodidamente asquerosa que la había martirizado durante todo

el Bachillerato. De modo que, con aquel descubrimiento, había elevado a aquella chica a la categoría de heroína.

Se sentía muy a gusto con su compañía, no lo estaba pasando del todo mal. Entre risas y algún que otro roce de manos, hubo un momento mágico en el que ambas parecieron acariciarse con la mirada. Así que, sin dejar pasar más tiempo y tras haberse metido en el cuerpo unas cuantas copas de más, la rubia le pidió a su acompañante que la siguiera hasta el balcón. Allí, en la secreta y ardiente oscuridad, Marta y Verónica se dieron su primer beso.

Madrid, enero de 2001

Escondió la cabeza entre sus brazos, que estaban apoya-dos en la barra, y suspiró cansado. Desde aquella posición podía ver borrosos sus pies. Ya no recordaba por qué había aterrizado en aquel bar, ni siquiera sabía ya cuántos cubatas llevaba en el cuerpo; pero la negrura que divisó a través de las puertas del apestoso tugurio le anunció que había caído la noche.

Carlos se puso de pie tras tambalearse un poco. Con el orgullo herido por el exceso de alcohol, se alisó la camisa y se colocó la chaqueta del uniforme azul para intentar conseguir de nuevo la imagen de galán que siempre le caracterizó.

Pagó las consumiciones, se despidió del camarero y salió como pudo del local.

Cuando logró entrar en el coche, se miró fijamente en el pequeño espejo retrovisor.

Estaba patético con esa cara de perro viejo que le devolvió el chivato trozo de cristal.

Un dolor con sabor a amargura se instaló en su pecho, mas poco pudo hacer para que desapareciera. Quizá esta vez no quería deshacerse de él, a lo mejor ya se había acostumbrado a su larga presencia, enterrada por su propia voluntad desde hacía ya demasiados años. Hoy todo le daba lo mismo. Nada había cambiado. En su matrimonio, la fachada seguía siendo preciosa, pero la realidad interior era pura basura.

Cogió el teléfono móvil de la guantera del vehículo y marcó un número de nueve dígitos. Un tono, dos, tres... No fue hasta el cuarto cuando la persona a la que llamaba descolgó para contestar. Y entonces, él volvió a hacer uso de su mejor yo: el del hombre ebrio y dulce de siempre, pero completamente hipócrita.

44

—Hola, Carlos.

—Hola, cariño.

— ¿Cómo estás? —Ella parecía apática.

—Deseando celebrar nuestro decimonoveno aniversario —dijo intentando resultar creíble.

—Ya he escrito todas las invitaciones.

—Estupendo, mi vida. Una hora y llego a casa. —El ebrio marido mintió—. Siento el retraso, pero es que han cortado las carreteras por un accidente y llevo desde las nueve parado en la M30. —No era una gran excusa, pero sabía que funcionaría.

—No te preocupes, cariño. Aquí te espero.

—Un beso, mi amor. —Sin saberlo, se le escapó el alma en aquel adiós.

Resopló atormentado y abandonó su piel de cordero en el asiento de al lado al colgar el celular. En cada mentira, Carlos notaba cómo iba perdiendo un poco de su humanidad. La farsa había llegado a un límite insospechado, así que ya era casi un monstruo, un individuo monstruoso al que no le quedaba que hacer otra cosa en la vida más que esperar la hora de su muerte. Había llevado a cabo su venganza y ya no tenía ninguna razón para seguir existiendo.

Aquella noche era demasiado bonita como para no disfrutarla tomando la última copa en otro asqueroso bar. Encendió el motor con la llave y

entonces recordó al detalle, como en una fotografía, el infernal momento en que su matrimonio con Elisa comenzó a hacer aguas.

Sevilla, noviembre de 2000

Iba tarde. Caminaba todo lo deprisa que podía pero los esfuerzos eran inútiles. Se había quedado dormido. De modo que, aquella mañana, Daniel se disponía a abrir su librería una hora y media más tarde de lo habitual.

Cruzó la calle San Vicente y, cuando llegó a la esquina de Jiménez Rubio, se percató de que el letrero de la librería no estaba. Llegó hasta las puertas de su negocio, encontró que la bandera gay luminosa que horas antes había iluminado de color aquella oscura calle, ahora estaba rota, y sus pedazos yacían esparcidos por el suelo.

Abrió las puertas y entró en el local. Encontró una nota que había sido introducida bajo la ranura de la cancela metálica. Su cara se quedó blanca tras leerla estupefacto.

45

Aquello no era precisamente una tarjeta de felicitación. Alguien los estaba amenazando con destruir su negocio. Daniel acababa de recibir el último aviso.

— ¿Y qué te dijeron ayer tarde en la comisaría?

—Que ha sido un acto vandálico. Ya ves tú, qué fino y qué bien hablaba el policía.

Un acto van-dá-li-co—recalcó con sorna Daniel—. Y no veas qué culo tenía.

— ¿No tiene idea de quién o quiénes han sido los culpables?

—Me han asegurado que no hay por qué darle importancia, que hay muchas bandas de niñatos que se dedican a joder al personal sólo para divertirse y que nunca llevan a cabo sus amenazas. —Daniel seguía hablando por teléfono mientras observaba a un cliente muy guapo que acababa de entrar

en la librería—. Se conforman con hacer estropicios en fachadas y demás, pero no pasan de ahí.

—Pues no sé yo qué decirte. Tú, por si acaso, escúchame bien: vigila a todo el que entre en la tienda con pinta rara, a lo mejor así podemos dar más pistas a la policía. Y si en algún momento sientes que, al salir de la tienda, te vigilan, me llamas en seguida.

Más vale prevenir que curar. ¿Entendido?

—Entendido. Pero vaya, gente con pinta rara hay en este barrio a pares. En fin, de todas formas será mejor que andemos alerta. Lo único que nos hace falta es que nos quemen el chiringuito. Entonces es cuando ya sí que me tiro por un puente.

—Bueno, bueno, no nos pongamos estupendos. Tampoco es que ahora tengas que ir pidiendo el DNI a todos los que entren. Sólo te pido que andes con cuidado —dijo Marta—. Yo ya no me fío de nadie.

—No te preocupes. Cualquier cosa extraña que vea, te aviso.

Daniel colgó el teléfono tras despedirse efusivamente de su amiga. Se alegró al comprobar que el hermoso adonis, que segundos antes contemplaba absorto, no se había ido. Era moreno, ojos negros, músculos de infarto y tenía un aire duro y a la vez macarra que lo rodeaba de misterio. Quizá aquella noche, tras cerrar la librería, podría tomar unas copas con aquel mocetón. Desde que él y Luis lo dejaron meses atrás, no había vuelto a coquetear con ningún otro hombre. Aquella era una oportunidad que no podía dejar escapar.

El hombretón se acercó al mostrador y miró a Daniel a los ojos. No parecía afeminado en modo alguno, pero su media sonrisa dejaba entrever que sentía interés por el dueño de la librería.

—Hola —dijo al fin el fornido muchacho.

—Hola. ¿Qué desea? —Un saludo cordial es todo lo que pudo decir sin tartamudear.

—Eso depende.

— ¿De qué? —A Daniel ya le temblaba todo el cuerpo.

—Ven, acércate y te lo digo al oído.

Cuando fue a complacer el deseo de aquel dios de ojos oscuros, algo le golpeó en la parte posterior de la cabeza. Cayó redondo y fue arrastrado hasta la trastienda.

El asaltante cerró las puertas del local por dentro y comenzó a romper estanterías a patadas. Con una silla se cargó el mostrador y con una barra de hierro, que ocultaba dentro de la chupa, todos los escaparates.

Salió de la librería por la puerta trasera cargando con Daniel al hombro. Comprobó que ya era de noche y que el callejón estaba vacío. Lo abandonó cerca de unos contenedores de basura mientras éste seguía inconsciente. Entró de nuevo en el establecimiento y encendió un pitillo con una cerilla. Antes de que ésta se extinguiera, la lanzó contra los libros que había tirados por el suelo. Éstos comenzaron a arder rápidamente.

Cerró la puerta de la trastienda y se alejó con la certeza de haber terminado su encargo. Cuando se alejaba con su Harley calle abajo, se acordó de que había dejado dentro su barra de hierro. Sin darle más importancia, aceleró hasta atravesar la ciudad a una velocidad vertiginosa.

Las sirenas de los coches patrulla lo despertaron. Un par de bomberos lo levantaron y lo dejaron en manos de dos enfermeros del SAMUR. Antes de que fuera introducido en camilla en la ambulancia, vio una imagen estremecedora: Anfípolis había sido consumida por las llamas.

Madrid, abril de 1980

No sabía a ciencia cierta si aquella angustia era provocada por la primavera o porque sólo faltaba una semana para las vacaciones. El caso era que ya no podía más. O

le revelaba pronto a Elisa sus sentimientos hacia ella o tendría que esperar hasta después de Semana Santa. La segunda opción conllevaba pasar en su casa una semana de quebraderos de cabeza, insomnio, dudas y más dudas sobre el cómo y el cuándo poder ser sincera con su amiga. Marta estaba con los nervios de punta y con la cabeza hecha un lío.

Aquella mañana se levantó más temprano de lo habitual porque no podía estar tumbada al lado de la bella durmiente de pelo castaño. Si permanecía un segundo más junto a ella, acabaría despertándola con un beso. Así que bajó al comedor y se sirvió el

47

desayuno. Se untó dos tostadas con mantequilla y mermelada de fresa, su sabor preferido, y endulzó el zumo de naranja con una bolsita de azúcar. Bebió a largos tragos su cacao con leche y lo terminó en pocos segundos.

—Tienes chocolate en el bigote. —Elisa apareció de la nada con una bandeja y se sentó frente a ella.

—Vaya, no me he dado cuenta —dijo Marta abochornada mientras se limpiaba.

Debió terminar de desayunar mucho antes, para evitar, precisamente, el reencuentro con Elisa. Pero su amiga había sido demasiado rápida, así que ahora no podía salir huyendo, sin más.

La de más edad comenzó a hablar de un tema trivial que poco le importaba a Marta. Desde que rechazara besarla meses atrás, su relación para con ella había cambiado: se mostraba mucho más tímida y retraída, ya no bromeaba como antes y, por supuesto, el contacto físico había disminuido considerablemente. Ahora su amistad era bastante superficial y frívola, lo que repateaba a Marta.

—Elisa —dijo cortante la rubia—, déjalo ya, ¿quieres?

¿A qué te refieres? Que deje... ¿el qué? —Elisa no salía de su asombro.

—De ser tan falsa.

Al fin encontró la excusa perfecta para salir del atolladero. Marta se levantó llevándose consigo la bandeja y depositándola en el lugar asignado para los enseres sucios. Sin mirar a la chica con la que momentos antes compartía mesa, salió por la puerta y se dirigió a su habitación para intentar estudiar un rato.

Elisa se quedó unos segundos pensativa. Luego, se levantó sin terminar el desayuno y corrió lo más rápido que pudo para intentar alcanzar a su amiga. Pero no la encontró en el jardín, como era lo habitual en las tardes de domingo. Tampoco en la biblioteca, ni en el gimnasio. De modo que la morena comenzó a desesperarse. La culpa y el remordimiento la carcomían por dentro. Sabía que lo que Marta había dicho sobre ella era verdad.

El último lugar que le quedaba por visitar era la habitación. Caminó hasta la puerta y se detuvo para poner la oreja en ella. Marta estaba llorando. El sonido de sus sollozos acabó por desmoronar completamente a Elisa. Ella era la culpable de la infelicidad de ambas. Quizá ya era hora de mantener una charla que había estado evitando demasiado tiempo.

A la rubita ya no le quedaban lágrimas suficientes para seguir llorando. Las había gastado todas, al igual que sus energías. Ya no tenía más recursos. Si la morena la evitaba tanto, sería porque quizá su amor por ella no podría ser correspondido nunca. Quizá se

48

había hecho ilusiones con algo que no existía. Ahora su corazón le estaba pasando factura.

Mientras se enjugaba las lágrimas en las mangas de su camisa, imaginaba mentalmente la figura dormida de Elisa en la cama, abrazada a ella. Pero aquella imagen estaba tan alejada de la realidad que, sólo con imaginarla, ya hacía daño. De repente, cuando fue a sacar un nuevo pañuelo de papel para poder respirar, de debajo de la puerta surgió una hoja de papel doblado. Se quedó mirándolo unos segundos hasta que se acercó para recogerlo.

Lo primero que pensó fue que se trataba de una nueva amenaza de Ana, pero al abrir la hoja descubrió que se había equivocado.

«Tenemos que hablar. Hemos de aclarar este asunto, no lo podemos dejar pasar ni un día más porque la situación comienza a ser terriblemente incómoda. Si estás de acuerdo conmigo y quieres hacer algo para remediarlo, te espero en el jardín a las doce de la mañana, en el tercer banco de piedra oculto tras el gran árbol.

Eli.»

Arrugó en su puño aquella nota y suspiró.

—Está bien, hagámoslo a tu manera —dijo Marta en voz alta.

Por fin iba a conocer la verdadera respuesta a la pregunta que llevaba formulándose desde que conoció a la muchacha de ojos esmeralda.

Se sentó y abrió la novela por la página número cuarenta y ocho. Sabía que Marta no tardaría en venir, pero pensó que sería una buena idea leer mientras la esperaba, así aplacaría los nervios. Al llegar a la parte más interesante de su lectura, una voz que no era la de su compañera de habitación la sacó de aquel mundo ficticio en el que se hallaba inmersa.

— ¿Qué hace aquí solita una belleza como tú?

—Lárgate, Ana.

—No.

— ¿A qué has venido? —inquirió la chica de pelo ondulado.

—A que me digas la verdad. Elisa, mírame a la cara, por favor —le ordenó la robusta joven—. Te prometo que si contestas sinceramente a lo que te voy a preguntar, no volveré a molestarte jamás.

49

—A ver, dispara —contestó Elisa sin creerle ni media palabra.

— ¿Es cierto que estás enamorada de Marta?

Aquella pregunta la cogió desprevenida. Sus ojos se abrieron como platos y su corazón empezó a bombear sangre frenéticamente. Casi creyó que podía morir de un infarto allí mismo. Pero no, estaba vivita y coleando, y aquella pregunta no había sido producto de su imaginación.

—Contesta. —Ana estaba ansiosa por conocer los verdaderos sentimientos de su antigua pareja.

Se le secó la boca. Su saliva estaba tan pastosa que tragaba con dificultad. No podría soportar aquel delirio por mucho tiempo así que, armándose de valor, le habló a su compañera sin apartar la mirada.

—Me temo que sí —dijo al fin.

Tal y como había presagiado, ya no podía hacer nada por recuperarla. Así que, por una vez en su vida, Ana cumplió lo pactado y, sin decir una palabra, se levantó y se alejó por el jardín.

Apenas medio minuto después, apareció Marta y se sentó al lado de la morena.

Ambas miraban al frente envueltas en un misterio casi mágico. Una vez superado el trance con Ana, Elisa tomó primero la palabra.

—Yo no quiero que sufras, pero...

—Elisa... Yo te quiero. Y tú me quieres, ¡lo sé! Aunque te empeñes en negármelo, aunque lo ocultes bajo una simple amistad... Hay algo entre nosotras que es más fuerte que cualquier otro sentimiento corriente. Y tú lo sabes. —Marta defendía su postura con dureza.

—Quizás estás equivocada. Aún tienes poca experiencia, puedes haberte creído cosas que no son. —Elisa sabía que existía la posibilidad de que todo fuera pasajero—.

Nunca has estado antes con chicos, ¡así que no puedes saber si estás equivocada!

—No estoy equivocada, estoy enamorada... y de ti. No aguanto más esta presión que tengo en el pecho cada vez que te veo y no puedo besarte. Me estás matando con cada una de tus negativas camufladas de frívola camaradería. Por favor, yo no te he hecho nada para que me maltrates así. Lo único que me puedes echar en cara es que te quiero, y que no existe en el mundo otra mujer que me haga sentir tan especial.

Aquellas sentidas palabras estaban calando muy hondo en el corazón de Elisa. De hecho, tenía ganas de llorar porque necesitaba desahogarse y rápido, pero al final decidió mantener el tipo para no sentirse ridícula.

—Marta... ¿Estás completamente segura de tus sentimientos hacia mí?

50

—He estado segura desde siempre.

Elisa se levantó de pronto.

—Oye, ¿no irás a huir como la última vez...? —dijo Marta poniéndose también de pie.

—Ven.

Sin decir una palabra más, rodeó a la muchacha rubia por el cuello y la besó tan dulcemente que hasta sus labios temblaron por el cálido contacto.

Madrid, octubre de 1999

Querido Daniel:

No sé qué demonios me está pasando, pero es que a alguien se lo tengo que contar.

Llevo demasiado tiempo engañándome. Por mucho que me cueste reconocerlo, todo este lío que tengo en la cabeza es por Elisa. Sigo enamorada de ella, así que no he tenido más remedio que terminar con Marisa. La verdad es que me siento una puta traidora.

Pensé que esta vez, con ella, no me pasaría lo mismo que con Verónica, pero no ha sido así.

Jamás pensé que acabaría echándola tanto de menos. La necesito. ¿Sabes? Anoche no podía dormir. Eran las cinco de la mañana y tuve que levantarme de la cama sollozando para ver su foto una vez más. La besé de la forma más dulce que supieron mis labios y me di cuenta de que me moría por estrecharla entre mis brazos, como hacía cada día cuando estábamos juntas en el colegio. A pesar de todo el tiempo que hemos pasado sin vernos, tengo el presentimiento de que me recuerda tanto como yo a ella. Por eso sigo al pie del cañón, esperándola, como le prometí. Soy una mujer de palabra y lo sabe.

La verdad es que, cuando lo pienso, no sé exactamente qué habré supuesto yo en la vida de Elisa. En la mía lo es todo. Y el destino es tan macabro que me asusta el hecho de imaginarme en un futuro sin ella. No quiero quedarme sola.

Es la mujer de mi vida, Daniel. No me cabe la menor duda. La llevo eternamente en el pensamiento. Cuando doy vueltas en la cama por el insomnio, me pregunto constantemente qué estará soñando, cómo habrá pasado el día, si estará bien de salud, si será feliz...

51

Y es que la amo tanto que hasta me duele por dentro. De modo que he decidido superar mis temores. Esta vez es doble o nada. Recuperaré a Elisa como sea. Aún no sé cómo, pero lo conseguiré. Y cuando ese día llegue, te aseguro que serás el primero en enterarte.

Un beso enorme. Deséame suerte.

Marta.

PD: Siento lo de la ruptura con tu última pareja. Se ve que ambos necesitamos un cambio en nuestras vidas.

52

OceanofPDF.com

III

53

OceanofPDF.com

III

Madrid, mayo de 1980

Aquella tarde se lo habían pasado en grande: habían visto una película en la sala de ocio, habían paseado por el jardín y habían bailado mucho en la fiesta de cumpleaños organizada para una de las alumnas de octavo curso. Ahora continuaban la diversión en su propia habitación. Habían puesto la radio, la sintonía de un programa musical amenizaba el ambiente mientras ellas jugaban a las cartas sentadas en la cama de Elisa.

—Oye, ¡eso es trampa! —exclamó Marta.

— ¿Qué va a ser trampa? Es que en mi casa se juega así...

—Mira que eres fullera —dijo la rubia lanzándose encima de Elisa para matarla a cosquillas.

— ¿No me vas a dejar ganar? —preguntó la morena intentando escabullirse de la otra.

—Creo que el ser mi novia no te da derecho a...

—Eso es porque no has leído la letra pequeña. Conmigo tienes que ser todo un caballero, tendrás que demostrarme que me amas con cada gesto, con cada...

— ¿Partida de mus?

—Ya te vale. Hoy hacemos un mes y...

Marta impidió que su novia siguiera hablando colocándole un dedo sobre los labios. Los ojos de la mayor se abrieron de par en par. La rubia alargó la mano y metió el brazo debajo de la cama. Al instante, Marta le ordenó a su amante que cerrara los ojos para que aumentase el misterio. Cogió una de sus manos, la extendió y le colocó una pulsera de oro con estrellitas verdes en la palma.

—Ya puedes abrirlos.

Elisa vio que se trataba de la pulsera de la suerte de Marta. La cogió entre sus dedos índice y pulgar y la observó durante unos segundos.

— ¿Para mí? —La cara de la morena se iluminó.

—Sí.

54

—Pero si es...

—Ya lo sé. Por eso quiero que la lleves tú. Es mi regalo por nuestro primer mes.

Espero que la lleves siempre contigo, te dará suerte —dijo complacida—. Conmigo funcionó.

—Es preciosa.

—Sí. Tiene estrellas verdes que me recuerdan a tus ojos.

—Pero... yo no tengo nada que darte —admitió Elisa, apenada.

—Tú eres mi regalo. No puedo pedir más.

La morena retiró las cartas de la superficie de la cama y se aproximó a Marta lo suficiente como para envolverla entre sus brazos y besarla tiernamente.

Madrid, enero de 2000

Eran las seis de la tarde cuando el timbre comenzó a sonar. Elisa se levantó del sofá y se abrochó la bata para no coger frío al abrir la puerta. Al otro lado del umbral encontró a una mujer rubia ataviada con un alegre vestido veraniego. Sus ojos estaban ocultos por unas oscuras gafas de sol y su largo cabello iba recogido en un moderno pañuelo. La extraña visitante estaba

apoyada de forma varonil sobre un lateral de la puerta y sonreía abiertamente.

—Hola, Eli. Cuánto tiempo, ¿eh? —dijo, y se quitó las gafas.

— ¿Marta? ¡No me lo puedo creer! —exclamó, y su boca se abrió de la sorpresa.

—Como no me escribías...

Se hizo un silencio incómodo para las dos. Marta observó detenidamente a la mujer que tenía en frente, pues le costaba asimilar que ésta se asemejara en algo a la Elisa que había conocido muchos años atrás. Conmovida aún por el reencuentro, Marta se atrevió a acariciar el demacrado rostro de su amiga.

—Elisa... ¿Cuánto hace que no descansas?

—Por favor, pasa. —La morena se obligó a sí misma a no llorar.

Tomaron asiento. Marta comenzó a examinar la casa.

—Bueno. ¿A qué has venido? —La morena intentó echar balones fuera antes de tiempo.

—Quería volver a ver a la mujer más guapa del mundo. Te he echado de menos.

55

—Aunque no lo creas, yo también —dijo Elisa con un hilo de voz.

—Oye —dijo Marta, que no sabía cómo empezar—, te encuentro tan... cambiada.

¿Estás bien? —Se estaba empezando a preocupar.

—Hace meses que sufro de insomnio, ansiedad... Pero no es nada grave —

carraspeó—. ¿Y tú qué haces por Madrid, Marta? —Aquella era realmente una pregunta retórica.

—Bueno, ando de aquí para allá. La profesión de actriz no es muy estable, pero sobrevivo. Y bueno, ahora estoy aquí, mañana quién sabe.

—Ya ves que yo sigo en el mismo sitio. —Sus ojos continuaban clavados en ninguna parte—. Desde que me casé, esta casa es lo único que he visto en diez años. A veces me siento tan desgraciada...

—Porque tú así lo has querido. Albergué esperanzas de que al final no lo hicieras, pero sí, te casaste. Te casaste porque te dio la gana.

—Ni siquiera fuiste a mi boda.

— ¿Y qué querías? ¿Qué encima os diera mis bendiciones? ¿Acaso tu marido me iba a invitar algún día a tomar café en este salón? Por favor...

—Está bien, Marta. ¿A qué has venido? ¿A reprocharme el pasado? ¿A hacerme daño y terminar de rematarme?

—No. —Marta se dio cuenta de su brusquedad—. Lo siento, perdóname. Sabes que contigo no puedo fingir. Y sabes que he venido a por ti. —Agarró las manos de su interlocutora—. Siempre he estado para ti y eso no va a cambiarlo ni nada ni nadie. Te quiero.

—Ha pasado mucho tiempo —dijo Elisa con tristeza en voz baja.

—Créeme cuando te digo que sigues siendo el amor de mi vida. —Su voz sonaba temblorosa y sus manos estaban sudando—. Ninguna mujer ha podido borrarle de mi memoria. Por favor, sal de aquí y vente conmigo. Hazlo ahora, que eres joven. Y vive.

Después quizá ya sea demasiado tarde —concluyó la rubia con una súplica.

— ¿De verdad sigues queriéndome a pesar de todo?

—Sabes que sí. Y no trates de negarte a ti misma que sientes lo mismo. Por una vez en tu vida, lucha por lo que quieres. Vamos, Elisa... Nos queremos.

—Su voz empezó a sonar cada vez más sensual—. Nada ha cambiado desde entonces.

— ¿Y cómo puedes estar tan segura?

—Ahora lo veremos.

56

Marta acarició con su mano la mejilla de la mujer de ojos verdes y le dio un beso profundo, minucioso, como si entre sus labios se le estuviera escapando la vida. Elisa cerró los ojos para dejarse llevar por la dulzura de unos labios conocidos y añorados. Su pulso se aceleró y la piel se le erizó al responder ante aquel placentero estímulo.

Definitivamente, no pudo evitar que sus brazos comenzaran a deslizarse por el cuello y la espalda de Marta. Al finalizar el contacto, ambas se miraron a los ojos.

— ¿Y bien? ¿Me voy o...?

—Ni se te ocurra moverte de aquí.

Ambas mujeres se volvieron a fundir en un tórrido beso. Cuando estuvieron lo suficientemente excitadas, la morena guio a su invitada hacia el dormitorio. Allí, se desnudaron y comenzaron unos juegos sensuales que acabarían en lo que ambas habían deseado durante años.

Madrid, junio de 1980

Se acercaba el ocaso del curso. Ya sólo restaba un examen por hacer. Todo el mundo andaba de un humor de perros. El ambiente estaba muy crispado y ello provocaba situaciones de tensión y discusiones entre muchas de las alumnas más problemáticas del centro.

Marta y Elisa lo llevaban con filosofía, ya que el final de las clases significaba estar separadas durante tres largos meses. Les quedaban pocos días de felicidad, así que los disfrutaban minuto a minuto, beso tras beso.

En aquella mañana de domingo, la muchacha rubia re-pasaba sentada junto a su compañera de habitación algunos temas de Historia que le resultaban complicados. Elisa le explicaba con paciencia todas las dudas sobre los Reyes Católicos y sus sucesores más próximos.

— ¿Te quedarás en Madrid durante el verano? —interrumpió la más joven.

—Es probable. ¿Y tú? —dijo Elisa ajustándose las gafas de estudiar a la nariz con el dedo corazón.

—Mi padre ha dicho que nos iremos a la playa en agosto.

—Bueno, pues entonces podremos vernos durante algunas semanas más.

—Ya, pero yo quiero verte todos los días. —El rostro de la rubia se entristeció—.

Quiero ver cómo te levantas, cómo te acuestas, cómo me miras cuando me peino...

57

—Habrà que tener paciencia. Convenceré a mi padre para que pases algunos días en casa, como invitada. Le diré que eres una buena amiga y él en seguida te abrirá las puertas de casa —dijo Elisa, confiada—. Sólo espero que no descubra la verdad.

—No te preocupes. No nos pillarán. Al fin y al cabo, soy una amiga más que se cuela en tu casa. No tiene por qué sospechar.

—Te quiero, enana. —La morena se abalanzó cariñosamente sobre la rubia y la rodeó con los brazos.

— ¡No me llames enana!

La morena acarició la cara de su compañera. Al segundo, la cara de disgusto de su novia se desvaneció.

Sentada en uno de los columpios del patio de recreo, Ana trataba de pensar en otra cosa que no fuera su ex. Habían transcurrido ya tres meses desde que Elisa le dijo adiós y ahora estaba más sola que nunca. Sabía que era la única responsable de que ahora todas las chicas no quisieran comenzar una relación con ella debido a su reputación. Todas la tachaban de infiel y no podía hacer nada por hacerlas cambiar de opinión.

El dolor por el recuerdo de la chica de ojos verdes era tremendo. Aquel era el castigo merecido por su desliz. Hizo bien al retirarse a tiempo, pues dejó muy presente que, a pesar de todo, aún le quedaba algo de clase. Más, a pesar de todo, en su interior aún ardía el fuego de la venganza. Odiaba a Marta más que a nada en el mundo.

Estaba tan inmersa en sus pensamientos que no fue capaz de ver acercarse a Isabel, su mejor amiga.

— ¿Qué? ¿Con un día tan bonito para disfrutar y sigues pensando en Elisa?
—

preguntó sentándose a su lado.

— ¿Y qué quieres que yo le haga? La echo mucho de menos. —Ana mantenía la mirada baja, avergonzada.

—Si tanto la necesitas, ¡muévete! ¿A qué esperas para hacer algo? Desde luego, lo que has sido y lo que eres... ¿Dónde está la chica luchadora que yo conocí?

—La mató Elisa hace trece semanas y dos días.

—Joder, está bien. Tendré que ayudarte —sentenció cabreada Isabel.

En realidad, a Isabel no le hacía nada de gracia la idea de tener que echarle un cable para que recuperara a su ex, pero su amor hacia ella le impedía ser cruel en aquel momento. Muchas, en su situación, habrían aprovechado una oportunidad tan clara como aquella, pero tampoco deseaba hacer leña del árbol caído, como otras habían

hecho recientemente. Además, si quería que Ana se fijase en ella, no podía ser tan descarada. De modo que jugó de nuevo su papel de amiga íntima.

— ¿A qué?

—A recuperarla de una maldita vez.

—Ella no me quiere.

—Pues, al menos, no permitas que la mocosa ésa se salga con la tuya y te humille.

Escucha, tengo una idea con la que podremos matar dos pájaros de un tiro.

Miró el reloj de su muñeca y vio que ya eran más de las diez y media. Dejó sobre la cama la novela que estaba leyendo y se levantó para besar a Elisa en el cuello. La morena continuaba estudiando bajo la potente luz del flexo. A juzgar por su cara, estaba terriblemente agotada.

—Vamos, empollona, deja eso ya y vente a la cama —dijo la rubia mientras le acariciaba suavemente el cabello a Elisa.

—Dime que voy a aprobar, por favor. Lo necesito. Dime que confías plenamente en mí —le rogó la de ojos esmeralda con mirada ansiosa.

—Sabes de sobra que sí. Vas a aprobar todo y con nota. Eres la mejor, cariño —

respondió la más joven invitándola a tranquilizarse.

La morena se introdujo en la cama de Marta y ésta última lo hizo tras apagar la luz de la mesilla de noche. Acto seguido, Elisa empezó a desnudar lenta y provocativamente a su novia. Después, repitió la misma operación en ella misma, mientras oía cómo se aceleraba la respiración de su compañera de lecho. Hubo después un intercambio de caricias, abrazos y palabras susurradas al oído. Sus ardorosos y excitados cuerpos no pudieron rechazar la tentación de unirse en un apasionado abrazo. En la

extraordinaria penumbra de la habitación, Elisa y Marta hicieron el amor hasta que las sorprendió entrelazadas la llegada del alba.

La luz del exterior se colaba furtivamente por las rendijas de la persiana, tatuando en los cuerpos de ambas amantes un sinfín de doradas líneas. La muchacha de cabello oscuro yacía tranquilamente acurrucada sobre el pecho de su compañera. Marta, en cambio, permanecía en una posición recta, que parecía inamovible. Sus manos estaban unidas, y sus mejillas estaban muy próximas. La fina sábana que las envolvía sólo las cubría de cintura para abajo.

Eran las siete y cuarto de la mañana. Aún quedaban ochenta minutos para el inicio de la tanda de exámenes de evaluación y quince para que el despertador de la habitación número ocho hiciera su trabajo como cada mañana. Pero aquel día, Marta y Elisa acabarían despertándose sin su ayuda. Por el pasillo del segundo piso, Sor Inés caminaba muy irritada en compañía de Ana, la estudiante de la número diez.

59

— ¿Y dices que anoche oíste jadeos y palabras indecentes?

—Sí, Sor Inés. No me han dejado dormir en toda la noche, por eso me levanté para escuchar mejor lo que decían. No hay duda. Esas dos alumnas están cometiendo un grave pecado.

La monja hizo uso de su magnífica llave maestra una vez más. Normalmente la utilizaba sólo para casos extremos, pues para algo servían sus vigilancias nocturnas, pero en esta ocasión, se enfrentaba a un asunto realmente espinoso.

La puerta de la habitación número ocho se abrió vio-lentamente. Sor Inés soltó un desgarrador grito de pánico y su acompañante fingió sorpresa ante el cuadro que tenían delante. En la cama se encontraban, desnudos y unidos, los cuerpos de dos de las alumnas más sobresalientes del colegio en una actitud demasiado cariñosa.

— ¿Pero qué es esto? —La monja se llevó la mano al corazón ante un amago de infarto.

Ambos amantes se despertaron del susto y se encontraron con aquella angustiosa situación. Marta tapó a ambas con la sábana como pudo pero con ello no consiguió aplacar la ira de Sor Inés.

— ¡Salgan de la cama! —gritó furiosa.

—No, Elisa. No salgas —ordenó la más joven.

La multitud empezó a abarrotar el pasillo, intentando ver lo que ocurría allí dentro.

Ana e Isabel se perdieron entre el tumulto y se alejaron intentando no llamar la atención.

— ¡He dicho que os levantéis! ¿No me habéis oído? ¡Vístanse en seguida y vayan a dirección! Dios mío, ¿qué habéis hecho, desgraciadas? —La monja seguía paseando su angustia.

—No me levantaré hasta que toda esa gente se haya largado. Cállese, cierre la puerta y dígales a las demás alumnas que se marchen.

— ¿Cómo te atreves a darme órdenes, niña? Ahora verás.

Sor Inés se acercó hasta la cama y agarró a Marta del pelo. La sacó al pasillo sin dejar que se pusiera nada de ropa y la paseó por todo el edificio como castigo a su osadía.

Elisa se quedó llorando en la cama mientras sus compañeras intentaban consolarla como podían. Por primera vez en mucho tiempo, la morena sintió que sus amigas la apoyaban ciegamente y de una manera sincera.

Sor Concepción la envolvió en una toalla para poder tapar de una vez las partes pecaminosas de aquella impúdica señorita y la sentó en una de las sillas del despacho.

Al poco llegó Elisa, vestida de uniforme y con la cabeza gacha. Ocupó la silla que quedaba

60

y miró a Marta de soslayo. Una marca roja en la mejilla de la rubia y varios arañazos en uno de sus hombros descubiertos hicieron que Elisa se diera cuenta de que su alma gemela había sido objeto de vejaciones por parte de las beatas. Pero no podía decir nada. Sus labios permanecían sellados por el miedo y la vergüenza. Sólo podía llorar para calmar el dolor que estaba sintiendo al saber que todo había acabado, que aquella sería la última vez que vería a su amor tan cerca de ella. Marta, por su parte, permanecía en silencio y conservaba la calma. Seguía entera después de haber sufrido todas aquellas horribles humillaciones, aunque por dentro estaba hecha un flan.

La directora entró por la puerta y la cerró de un golpe seco. Se detuvo ante las chicas para examinarlas con desprecio y, luego, se acomodó en su pequeño sillón. Las retuvo en aquel despacho todo el tiempo que le vino en gana. Después de un largo sermón, cogió el teléfono y marcó un número que encontró en el expediente de Elisa.

—Buenos días. Llamo desde el centro de enseñanza Monelos. Soy la directora.

¿Podría ponerse el Señor González al aparato? —preguntó la monja educadamente—.

Gracias, muy amable.

Tras narrarle al padre de Elisa todo lo sucedido, se despidió cordialmente y colgó el teléfono. Hizo lo mismo con el de Marta. Cuando hubo acabado, miró a ambas jovencitas y entrelazó las manos.

—Vuestros padres vendrán esta tarde. Lo he consultado con ellos y parece ser la mejor idea. Quedan expulsadas del centro.

Ambas jovencitas se miraron en silencio y volvieron a encarar a la directora, abatidas. La monja sonreía satisfecha de haber obrado con corrección, sin duda era la mejor decisión para que el prestigio de aquel centro se conservara intacto.

—Ahora márchense y hagan sus exámenes finales. Aunque el año que viene no podrán seguir con nosotras, tienen derecho a acabar este curso porque está pagado.

En silencio, las dos estudiantes volvieron a la habitación número ocho. Por los pasillos oyeron toda clase de burlas e insultos. Marta pudo colocarse al fin su uniforme.

Cuando ya estuvo lista para bajar a hacer su examen, se acercó a Elisa para intentar regalarle el poco ánimo que le quedaba para ella.

—Será mejor dejarlo así, Marta. Que tengas suerte. Adiós.

Y así, la morena de ojos verdes desapareció de la habitación intentando ocultar su dolor. Marta permaneció varios segundos en shock y, al ver la cama vacía que hacía sólo unos momentos compartían juntas, rompió a llorar.

Cayó la tarde. El padre de Elisa llegó al colegio para llevársela de allí. Ni siquiera dejó que se despidiese de nadie. Al salir de su habitación maleta en mano, se dirigió hasta la salida con la cabeza bien alta. Sabía que retenían a Marta en algún lugar para

61

que no pudiera despedirse, así que cuando estuvo ya en el coche de su progenitor, miró hacia la ventana de su cuarto para despedirse y de todos los recuerdos que dejaba allí.

El motor se puso en marcha. Abrió la ventanilla para que entrara algo de fresco y así aliviar de alguna manera el sofoco de sus interminables lágrimas y, cuando el vehículo empezó a avanzar hacia las puertas de salida, oyó una voz que la llamaba con desesperación.

Miró a través del cristal posterior del coche y vio a Marta correr a través del recibidor del colegio, intentando alcanzar la puerta. De alguna manera, había logrado escapar de donde estaba retenida. El corazón de la morena brincaba de alegría.

— ¡Elisa! ¡Elisa! —gritaba entre sollozos.

A los pocos segundos, una horda de beatas agarró a la chica, impidiendo que pudiera correr hasta el coche en el que viajaba el amor de su vida.

La colegiala de ojos verdes se sintió impotente ante aquella cruel situación. Iban a atravesar ya la puerta cuando Elisa, a modo de despedida, le dedicó la mejor y más bella de sus sonrisas a la rubia que había robado su corazón. Marta recibió el mensaje y, en aquel momento, se dio cuenta de que jamás volvería a amar a nadie como amaba a aquella chica.

La obligaron a volver a su habitación hasta que su padre viniera a recogerla. Así que no tuvo más remedio que regresar para recoger sus pertenencias. Fue a girar el pomo de la puerta cuando la risa de Ana hizo que todos sus músculos se volvieran rígidos como la piedra. No hizo falta oír nada más. Como si de un animal herido se tratase, la chica de cabello dorado se volvió para defenderse de aquel doloroso ataque.

Enloquecida por la rabia, golpeó la mejilla de Ana con todas sus fuerzas, haciendo que ésta cayera fulminada al suelo. La víctima, vencida, se levantó visiblemente afectada y se metió en su habitación sin abrir la boca.

Empezó a hacer las maletas. Intentando no mortificarse pensando en todo lo sucedido, fue metiendo sus cosas en varias mochilas. Todo lo que sus manos tocaban eran recuerdos dolorosos que perforaban aún más su malherido corazón.

Se dirigió desalentada hasta la mesita de noche y, de-bajo de su libro preferido, encontró una carta. Sonrió. La sacó del sobre y la leyó.

Querida Marta:

Aunque esto pueda parecer una despedida, no lo es, porque tú sabes que te quiero y te querré siempre, hasta el final de mis días. El tiempo que hemos estado juntas ha sido

62

la mejor época de mi vida. No habrá nadie en el mundo que pueda suplantarte en mi corazón. Nadie. Aunque me obliguen a casarme, no conseguirán que te deje de amar.

No me avergüenzo por lo que soy, jamás podría abochornarme por estar enamorada de ti. Al contrario, el amor que sentimos la una por la otra es mi orgullo y será mi tabla de salvación de ahora en adelante.

Quiero que cumplas tu deseo de ser actriz. Trabaja duro y ponle fe a todo lo que hagas. Haz buenos amigos, amigos de verdad que velen por ti y estén a tu lado siempre.

Y lo más importante, tienes que rehacer tu vida con alguien que sepa ver todo lo bueno que vi en ti. No mientes sobrevivir con juramentos egoístas de amor eterno, bien sé que no sirven de nada. La vida es un bien preciado, no dejes escapar ni un segundo en vano.

Así que prométeme cumplir todo lo anterior.

Quizá volvamos a vernos algún día. Ojalá no sea muy lejano, pero puede que las cosas hayan cambiado tanto que acaben por hacernos daño. No intentes buscarme, no me escribas ni me llames. Asumamos los hechos con madurez y continuemos adelante, pero esta vez habrá que hacerlo solas.

No cambies nunca, Marta. Conserva la niña que hay en ti.

Te llevaré siempre en mi corazón.

Elisa.

Cuando concluyó la carta, la chiquilla de cabello rubio se dio cuenta de que estaba llorando en silencio. Sus lágrimas habían mojado el papel sobre el

que su otra mitad le había dicho adiós. Instintivamente, acercó sus labios hasta el preciado papel y lo besó.

—Te esperaré.

Y, con aquella promesa grabada a fuego en su cabeza, vio cómo se alejaba del colegio sentada en la parte trasera del humilde vehículo familiar.

Madrid, Mayo de 2000

Aquel viernes había sido un duro día de trabajo. Durante la mañana, había conseguido terminar un par de tratos con dos importantes inversores y había logrado aumentar la cartera de clientes un veinte por ciento gracias a sus contactos. Se podría decir que había sido una jornada completita. Estaba agotado. Le dolía la espalda y tenía los pies hechos polvo.

63

Aparcó el coche frente a su bloque de pisos y miró la hora en el reloj de muñeca.

Eran las nueve en punto. Su mujer le esperaba con la cena caliente y la televisión encendida con su programa favorito de humor.

Recorrió el pasillo de la primera planta hasta llegar a su puerta y metió la llave en la cerradura. Se asombró al comprobar que la puerta no estaba cerrada por dentro, como siempre, así que entró en silencio para no alertar a aquel que había allanado su casa. Cogió un paraguas para tener algo contundente con lo que atacar por si las moscas y, sin emitir ningún ruido, caminó hasta su dormitorio. Sus ojos no podían creer lo que tenían delante. Dos mujeres hacían el amor en su propia cama y una de ellas era su mujer. Decidió permanecer en silencio, escondido tras la puerta, mirando por la rendija que quedaba abierta. Ambas parecían estar pasándose en grande. Reían, se besaban, se acariciaban y se hablaban en voz baja. Aquello eran tan asombroso que casi le costaba trabajo reconocer que aquella morena que disfrutaba y participaba como la que más era la anodina mujer que se acostaba con él todas las noches.

Volvió al salón y, tras reflexionar unos instantes, optó por salir de la casa cautelosamente. Bajó a la calle y se metió en su vehículo para intentar asimilar con tranquilidad todo lo que acababa de presenciar. Su esposa era lesbiana y le ponía los cuernos con otra mujer durante su turno de trabajo. Su eterna lealtad no había sido más que teatro, al igual que su vida sexual.

La rabia que sentía en aquel momento le ordenaba tomar represalias. Casi lo empujaba a subir de nuevo a casa y matarlas a las dos. Pero no, la satisfacción sería completa cuando consiguiera pensar en un plan perfecto. El hecho de tener amigos en los bajos fondos le abría muchas puertas y le otorgaba multitud de posibilidades para guardarse las espaldas.

Arrancó el coche y se dirigió al bar de siempre. Allí, entre copa y copa, comenzó a idear su terrible venganza.

Madrid, agosto de 2000

El teléfono sonó justo cuando iba a meterse en la ducha. Elisa salió del baño con un albornoz y chanclas y descolgó el aparato. Su marido seguía viendo el partido de fútbol sentado frente al televisor y era ajeno a cualquier estímulo exterior.

Acomodándose en el borde de un sillón, pulsó un botón de su inalámbrico.

— ¿Sí?

— Elisa, soy yo. Marta.

64

— ¡Marta! ¿Dónde te has metido todos estos días? —dijo Elisa en voz baja para no alertar a su esposo.

— ¿Que dónde me he metido? Escúchame bien, porque sólo te lo voy a decir una vez.

Elisa se levantó y caminó disimuladamente hasta su dormitorio, donde podía conversar sin sobresaltos y sin ser oída por nadie.

—Me han dado una paliza que casi me matan. —dijo Marta bajando el tono de voz.

— ¿Qué? ¿No estarás hablando en serio, verdad? —Los ojos de la morena se abrieron como platos.

—Me he pasado veinte días en el hospital. ¿Te parece eso poco serio?

—Dios mío, Marta, ¿qué te han hecho? —dijo Elisa llorando e intentando contener el sonido de sus sollozos.

—De todo. Sólo recuerdo patadas y golpes en la cara.

— ¿Y cómo conseguiste llegar hasta el hospital?

—Cuando desperté de la conmoción, caminé como pude hasta la carretera que había al final del bosque donde me apalearon. Un conductor me vio tirada en la cuneta y me llevó a urgencias.

— ¿Cómo te encuentras ahora? —dijo Elisa limpiándose las lágrimas con la manga del albornoz.

—Bien, ya sólo me quedan algunos moratones pero... Bueno, voy al grano. Tienes que alejarte de tu marido.

— ¿Por qué?

—Porque él es quien ha contratado a los matones que me golpearon y quien provocó el accidente de Daniel. Estoy segura.

— ¿Y tú cómo lo sabes? Carlos no es violento. Jamás lo ha sido. Nunca me ha puesto una mano encima.

—Escúchame bien, Elisa. Aún no tengo las pruebas suficientes para denunciarlo, pero créeme que, cuando las encuentre, lo haré. Nos ha pillado, sabe lo nuestro y quiere vengarse. ¿No te das cuenta de que la próxima serás tú?

—No quiero creerte. No puedo. —Elisa intentaba rehuir la verdad.

— ¿Tengo que enseñarte el parte clínico para que me creas? Yo casi no lo cuento y Daniel tiene una pierna menos. No soportaría que ese perturbado te hiciera daño,

65

¿sabes? Hazme caso: mañana, cuando se vaya a la oficina, haz las maletas que yo te recojo.

—Está bien. Pero no sé si resultará —dijo la mujer de ojos verdes, temerosa.

—Confía en mí.

Elisa aceptó. Por primera vez en toda su vida iba a hacer algo por ella misma.

Aquella decisión era la más importante de toda su vida y se prometió a sí misma no echarse atrás y combatir el miedo.

Cuando se despidió de Marta, colgó el teléfono pulsando el mismo botón de antes y regresó al salón para hacer creer a su marido que había sido una llamada sin importancia.

— ¿Quién era, tesoro? —Carlos seguía aparentemente abstraído con la televisión.

—Una amiga.

— ¿Una amiga? Si tú no tienes amigas... —replicó el marido de Elisa con mirada desconfiada mientras subía el volumen del televisor.

Carlos se volvió en el sofá y le mostró a su esposa que lo que había tenido toda la tarde cerca de su mano derecha no era el mando a distancia, sino el otro inalámbrico que tenían en la cocina. Elisa comprendió entonces que su esposo había oído toda la conversación.

—Verás, Carlos... Puedo explicártelo todo. Ella y yo lo hemos dejado. —A Elisa le temblaba todo el cuerpo cuando vio que Carlos se le acercaba

lentamente.

— ¡Mientes! —gritó con ira el deshonrado marido mientras golpeaba con los nudillos la cara de su mujer.

Ella cayó al suelo de rodillas. El dolor de su mejilla era muy intenso. Antes de que pudiera defenderse, Carlos la agarró del pelo y la levantó de un tirón. Volvió a pegarle en la cara repetidas veces. La morena intentaba no gritar, pero le era imposible. Gritaba de impotencia, de rabia, gritaba porque ahora estaba probando en sus propias carnes lo que minutos antes le describía Marta con frustración.

Nadie oyó las voces que procedían del primero derecha, sólo se escuchaban los alaridos de los hinchas provenientes del partido de fútbol que se estaba retransmitiendo.

El cesó de golpearla cuando las primeras gotas de sangre resbalaron por la delicada piel de su querida esposa.

—Lo justo para no tener que llevarte a urgencias —dijo al fin el soberbio castigador sonriendo abiertamente—. ¡Ahí tienes tu merecido, zorra! —exclamó al fin.

66

Se retiró unos pasos y contempló de lejos la escena. Se crujió los nudillos satisfecho de lo que había hecho.

Un pitido llamó su atención. Volvió la cabeza y se dio cuenta de que estaba a punto de comenzar la tanda de penaltis. De modo que la dejó tirada en el suelo, semiinconsciente, y regresó al sofá. Bajó el volumen del televisor y, como si no hubiera pasado nada, volvió a rendirse ante la magia del fútbol.

Sevilla, noviembre de 2000

La comisaría estaba milagrosamente en silencio. De hecho, sólo había unas cinco personas esperando sentadas frente al despacho de Denuncias. Sin duda era un fin de semana con poco movimiento delictivo. Marta sacó de la

máquina expendedora un botellín de agua fría y, al destaparlo, se le cayó el tapón al suelo. Como había tal quietud, aquel hecho, en apariencia poco llamativo, hizo que los que se encontraban en los pasillos volvieran la cabeza para ver de dónde provenía aquel ronco sonido.

Avergonzada, Marta recogió el tapón y, tras beber dos tragos, cerró la botella y la metió en su bolso.

—Deja de dar vueltas, que me estás poniendo nervioso —dijo Dani con desesperación.

— ¿Te duele mucho la cabeza? —Marta se sentó junto a su amigo.

—No, ya me va bajando el chichón —respondió Daniel tocando con cuidado el bulto que tenía en la parte posterior de la cabeza.

—Me alegro.

El comisario salió de su despacho y los invitó a pasar. Cuando estuvieron los tres sentados, el policía les ofreció tabaco. Ni Marta ni su amigo aceptaron; en cambio, el comisario se encendió un cigarrillo. Le dio una larga calada y comenzó su exposición.

—Bien, primero quiero preguntarles cómo se encuentran.

—Mejor, gracias, pero aún un poco asustado —contestó Daniel.

—Bueno, pues les cuento cuáles son nuestras nuevas pistas sobre el caso. Entre los escombros de su negocio hemos encontrado una larga barra metálica con las iniciales B. L.

— ¿Y saben ustedes qué significan? —inquirió Marta.

—Son las siglas de la Brigada Lima. Por si no lo sabían, es una mafia organizada que trabaja en grandes capitales como Madrid, Barcelona y la Costa del Sol.

—Sicarios —dijo el amigo de la rubia.

—Exacto. Pero no sólo se dedican a matar, también trafican con droga, extorsionan y cometen toda clase de encargos previo pago de una importante suma.

—Entonces es la misma banda que me atacó a mí —interrumpió Marta.

— ¿Cómo dice?

—Hace unos meses, en junio, exactamente, unos matones me dieron una paliza.

Uno de ellos me golpeó con una porra de hierro con las mismas iniciales escritas en ella.

Denuncié el caso, pero como si no hubiera ocurrido nada.

—No me extraña. Sabemos que algunos de los miembros son agentes de policía corruptos. Con los trabajillos extras se sacan un sobresueldo, de modo que se encubren los unos a los otros, al igual que a los que los contratan. Estamos averiguando sus identidades a través de topes para poder atraparlos y desarticular la banda desde dentro

—dijo el comisario ojeando la declaración de Marta—. Bien. Ahora que todo encaja, sólo hay que saber quién les pagó.

—Fue Carlos, el marido de Elisa —exclamó Marta con el ceño fruncido.

— ¿Elisa? —El comisario frunció el ceño.

Marta se vio obligada a contar toda la verdad acerca de la relación con su ex amante. Al terminar, el comisario anotó ciertos datos importantes para el caso. Luego, examinando lo que había escrito en su cuaderno de notas, suspiró.

—Aún no podemos detenerle. No tenemos pruebas suficientes.

— ¿Y a qué espera? —La rubia seguía enervada.

—Todo a su tiempo —respondió el policía intentando calmarla—. Ya he ordenado a dos de nuestros infiltrados que lo investiguen. Les prometo que será cosa de días. A veces, el soborno es el único idioma que entiende esa gentuza mañosa.

Madrid, Agosto de 2000

—No, vas a decírselo tú —le dijo Carlos a su esposa cogiéndola violentamente del brazo y obligándola a descolgar el teléfono.

Elisa se aguantó el llanto, se aclaró la voz e intentó aparentar calma cuando la voz al otro lado del teléfono la llamó.

—Hola —dijo la morena.

—Te estuve esperando una hora y no apareciste. ¿Se puede saber por qué?

68

—Antes de que digas nada, escúchame: no voy a irme de aquí.

— ¿Qué ha pasado? ¿Por qué has cambiado de opinión tan de repente? ¿Tiene Carlos algo que ver con esto? ¡Dime! —Marta parecía preocupada.

—No. Ha sido decisión mía. Mi vida está aquí, con mi marido.

—Elisa, por favor. No me mientas. Dime, ¿te ha amenazado? ¿Te ha pegado? —

preguntó la rubia, temerosa de saber la verdad.

—Mira, Marta, déjame en paz. Ni me pega, ni me amenaza, ni...

—Ya entiendo. Él está delante para obligarte a decir todo eso. Pues está bien. Dile que, por esta vez, ha ganado. Pero quiero que sepas una cosa, y me da igual si está escuchando esto. —Marta sólo percibía silencio—. Elisa, Elisa, ¿sigues ahí?

—Sí —respondió resignada.

—Te voy a sacar de ahí como sea. ¿Me oyes? Como sea.

—Olvídate de mí. No vuelvas a molestarme nunca más. Adiós, Elisa —dijo colgando el teléfono de forma brusca.

Encaró a su marido y vio que éste fingía un llanto de emoción.

—Bravo, has estado genial —dijo aplaudiendo y haciendo el gesto de quitarse el sombrero.

Elisa lo fulminó con la mirada e intentó golpearle con los puños en el pecho, pero él fue más rápido y le propinó una sonora bofetada.

— ¡A ver si así aprendes a respetar a tu marido!

Antes de que su esposa echara a correr entre lágrimas camino del dormitorio, él la abrazó tiernamente, como lo hacía durante la etapa de noviazgo, y acercó su boca al oído de su mujer.

—Tu padre estaría orgulloso de ti —dijo aparentando suavidad.

Un sordo portazo hizo temblar los cimientos de todo el apartamento. Carlos no pareció inmutarse. Permanecía quieto delante del teléfono con la mirada perdida, reflexivo, pero sin borrar la sonrisa de su rostro.

Sevilla, diciembre, 2000

Entró en el edificio abandonado de las afueras por la puerta trasera y vio que por dentro estaba perfectamente reformado. Nadie que lo observara desde el exterior

69

podría percatarse de que aquello era el escondrijo principal de la Brigada Lima. A su lado caminaba Manolo Toledo, alias Socio, uno de los principales cabecillas que aquella noche se disponía a ayudarlo a entrar en la banda.

En la planta baja, había un grupo de musculosos hombres que jugaban a ver quién tenía más armas en su bolsillo. En el suelo fueron tirando todo un repertorio de cuchillos, navajas, pistolas y artilugios arrojadizos que no dejaba indiferente a nadie. Aquellos hombretones los exhibían como si se tratasen de juguetes y objetos de diversión.

Algunos incluso besaban sus revólveres, pues los amaban más que a sus propias mujeres e incluso hijos. No podían vivir sin sus armas, les eran fieles por naturaleza.

Antonio Garrido, el infiltrado de la policía, alias Hacha, sabía que aquella noche obtendría toda la información que necesitaban sus superiores. Con su labia y su ingenio había logrado despistar a los matones y hacerles creer que era uno más en la panda. Su nombramiento como nuevo miembro era la prueba de que no levantaba sospecha alguna.

Era un cordero entre lobos, pero aquello hacía que la misión en la que estaba inmerso fuera aún más interesan-te. Su nivel de adrenalina había alcanzado un nivel insospechado. Confiaba que en pocas horas pudiera abandonar aquel apestoso sitio y regresar a salvo a la comisaría.

Subieron por las destartaladas escaleras hasta el tercer piso. Se dirigieron a una sala bastante amplia que tenía la puerta abierta. Siete hombres vestidos con chaqueta de cuero y gafas oscuras lo esperaban impacientes. El más alto era el que parecía tener más poder. Antonio entró despacio pero confiado.

—Aquí está, jefe —anunció Socio.

—Está bien, que empiece la reunión —dijo el capo.

Le hicieron muchas preguntas, le obligaron a jurar absoluta lealtad y pusieron a prueba su resistencia haciendo un simulacro de arresto policial. Lo golpearon, lo torturaron delante de todos pero él aguantó el tipo e interpretó su papel a la perfección.

Cuando acabaron las pruebas, lo sentaron en una silla, le lanzaron un cubo de agua a la cara y le tiraron una toalla para que se la secara y retirara la

sangre.

Por fin, el soberbio jefe lo aceptó en el grupo y le felicitó fervorosamente.

—Ahora sal y demuestra lo que eres, hijo.

Sus colegas, que lo esperaban en la primera planta, lo recibieron con silbidos, aplausos y palabras de ánimo. Habían improvisado una pequeña fiesta. Allí se podía encontrar de todo, desde un gran surtido de bebidas alcohólicas hasta un extenso muestrario de todo tipo de drogas. Pertenecer a aquel grupo era peligroso pero, des-de luego, sabían divertirse de lo lindo. No escatimaban en gastos. Allí todo era de todos.

70

Era una gran hermandad que compartía sus bienes, de dudosa procedencia, eso sí. Pero al menos todo estaba a disposición de cualquiera con tan sólo pedirlo.

— ¿Ves? Te dije que te integrarías pronto —dijo Socio cogiendo un par de botellines de cerveza de una gran nevera llena de hielo—. Toma. Ahora, relájate y disfruta.

Hacha aceptó de buen grado la cerveza que su camarada le ofreció y la saboreó trago a trago. Aún le picaba el labio inferior debido a los golpes propinados minutos antes, pero ya casi ni lo notaba.

Los peces gordos de la manada aparecieron por fin en la sala y también quisieron participar en el evento. De hecho, el capo mayor levantó su copa para hacer un brindis.

—Brindo por el nuevo cachorro. Respetadle y apoyadle como lo hacéis conmigo.

Todos alzaron su copa y brindaron. Al poco rato, muchos de los veteranos se acercaron al nuevo para saber más sobre él. Entonces, Antonio echó mano a su imaginación y se inventó un pasado delictivo digno de cualquier miembro de aquella apestosa mafia. Se convirtió en el centro de la reunión

al poco de ponerse a hablar. Él lo sabía. Su verborrea, como siempre, era su mejor arma. De modo que, cuando algunas se hubieron marchado de la fiesta horas después, él continuó ganándose al resto.

Como en todos lados, siempre hay un tonto de turno que se cree listo. Ese era Frank. Frank era muy atractivo. Llevaba unos vaqueros muy ajustados y una camisa blanca con los puños remangados. Olía a aftershave en tres kilómetros a la redonda. A él tuvo que arrimarse el infiltrado policía para terminar de una vez su trabajo.

—Así que tú eres el nuevo —le dijo el matón.

—Sí. ¿Tú llevas mucho en la Brigada? —preguntó Hacha inocentemente.

—Unos siete años.

—Vaya. Eso es mucho tiempo. ¿Y nunca te han trincado?

—Ya ves que no. Aquí estoy.

—Deben pagar muy bien. —Antonio encendió un cigarrillo y le dio otro a su compañero.

—Estupendamente. Gracias —contestó Frank.

—Yo es que de eso aún no sé mucho, ya puedes imaginarte. ¿Cuánto te pagaron la última vez?

—Pues fueron unas cuatrocientas mil... Nos contratan gentes de mucho dinero. El último que me pidió que le hiciera un trabajillo fue un empresario. Pagó al contado y es de nuestros clientes VIP.

71

—Ah. O sea, que no era la primera vez que lo hacía.

— ¡Qué va! Mira, a mí me escogió para quemarle el chiringuito a un maricón. Eso sí, me dijo que de matarlo nada, que sólo era un aviso.

—Es que esos maricones nunca tienen bastante. Habría que borrarlos a todos del mapa.

—Ya te digo. Encima yo, para colarme en la tienda, tuve que hacerme pasar por uno. —Comenzó a reírse—. ¿Te imaginas la escenita? ¡Yo poniéndole morritos al tío del mostrador!

—Qué fuerte. —Antonio reía para no ser descubierto.

—Colega, me caes bien. Ven aquí, te voy a presentar al Lolo. Si te arrimas a él, te darán los mejores tratos. El conoce en persona al que me contrató, así que ya sabes, camélatelo y tendrás curro constante.

Frank lo llevó hasta donde se encontraba el otro cachorro. Este sí parecía bastante avisado, era perro viejo en la profesión. Ahora tenía que andar con mucho más ojo que antes y no hacer demasiadas preguntas que pudieran poner en peligro su plan.

Lolo estaba demasiado borracho como para pensar en nada, así que no fue demasiado complicado sonsacarle todo lo que quiso. Cantó al poco de pincharle solapada-mente con falso interés de principiante.

Todo estaba ya claro como el agua. Carlos Márquez, esposo de Elisa López, había contratado varios sicarios para alejar a Marta de su esposa. Al recibir noticias de ésta poco después, volvió a amenazarla mandando quemar su establecimiento. Era supuesto culpable de intento de homicidio por haber tratado de acabar con la vida de Daniel Gutiérrez, amigo de la principal víctima, y también de posible maltrato a su esposa.

Ahora que ya tenía las declaraciones grabadas en una cinta bien oculta bajo su camiseta, optó por abandonar diplomáticamente la fiesta. Se despidió cordialmente de todos y salió de estampida con su moto rumbo a la comisaría.

Barcelona, enero de 2001

Ésa era, posiblemente, una de las noches más oscuras que jamás había contemplado sola. Decenas de nubes negras viajaban por el cielo a una

velocidad lánguida. Sentada en una colina, Marta encendió un cigarrillo. Le dio una intensa calada para luego expulsar el humo rápidamente. La fresca brisa que se escapaba de entre las ramas de los árboles era lo único que se podía oír desde la hierba. Si no fuera porque estaba rota por dentro, podría afirmarse que disfrutaba de aquel hermoso paisaje.

72

De su mochila roja sacó la billetera. Extrajo una vieja fotografía arrugada por el tiempo pero no por el olvido. Era la última prueba que le quedaba para demostrar que en su vida hubo un pasado mejor.

Mientras observaba la imagen de papel, pensó en cuántas veces había deseado regresar en el tiempo. Habría podido así cambiar algunos momentos claves de su adolescencia que, a la larga, decidirían su futuro. Momentos como aquel en que debió comportarse tal y como se lo ordenaba su abuela en vez de haber sido un trasto de niña.

Si no hubiera sido tan rebelde y contestona, se habría librado de ser internada en aquel agujero lleno de beatas.

Su estancia en el internado no fue precisamente lo que se dice una maravilla.

Nunca terminó de encajar en aquel colegio, porque su modo de pensar era bien distinto al que le trataron de imponer desde el primer día en que llegó. Sólo una cosa la salvó de ser una extraña en el paraíso: la llegada del amor.

Más de una vez hizo balance de aquella experiencia y, a pesar del dolor tras la forzada ruptura, siempre pesaban más los recuerdos buenos que quedaron guardados en lo más profundo de su maltrecho corazón.

Las primeras lágrimas de añoranza no tardaron en aparecer por sus mejillas. No pudo evitar echar de menos a la mujer que la abrazaba con ternura en aquella fotografía hecha muchos años atrás. Desde que Elisa decidió abandonarla, el mundo para Marta era distinto: más cruel y desalmado. Ya nada tenía color. Únicamente podía refugiarse en su trabajo, pues el teatro siempre fue su mayor ilusión en la vida. Pero el vacío era insoportable.

Odiaba volver a casa para encontrarla vacía. Nadie la esperaba, nadie se acostaba cada noche a su lado para abrazarla y ayudarla a dormir con sus caricias, nadie la amaba sin pedir nada a cambio. Aquella soledad era angustiosa.

Guardó la fotografía y cerró la mochila. Echó un fugaz vistazo al firmamento y vio que se avecinaba otra tormenta. De manera que se levantó del césped y se sacudió las manos. Se colgó la mochila en un hombro y caminó hasta su todoterreno. Tardó una hora en entrar de nuevo en la ciudad y llegar hasta el hotel. Al atravesar las cristaleras automáticas, el recepcionista le entregó una carta que había llegado a su nombre hacía sólo unas horas.

En la intimidad del ascensor rasgó el sobre. Su sorpresa fue mayúscula al comprobar que lo que había dentro no era una carta rutinaria, sino una tarjeta.

El Matrimonio Márquez - González tiene el gusto de invitar a la Srta. Marta Díaz López a la celebración del trigésimo sexto cumpleaños de doña Elisa González Durán.

73

La fiesta tendrá lugar el día 14 de marzo

a las nueve de la noche en el Restaurante Capitolio (el Ponce de León, 54)

Le rogamos confirmen su asistencia mediante

el siguiente teléfono: 639 852 471

Marta golpeó con el puño la pared del ascensor llena de rabia. Los celos invadieron cada poro de su piel, pero su cabeza le ordenaba que se tranquilizara. Elisa era feliz, luego ella también debería ser feliz. Mas aquella mentira nunca funcionaba. Jamás deseó nada malo para su marido, pero era cierto que lo envidiaba enormemente.

Llegó a su habitación y se estiró sobre la cama. Volvió a leer aquella tarjeta que empezaba a quemarle la mano. Sin pensarlo, le dio la vuelta. Y entonces su corazón comenzó a latir a máxima potencia al descubrir una pequeña nota escrita a lápiz.

Perdóname, Marta. Ayúdame.

Vuelve a mi lado. Te necesito.

Elisa.

Automáticamente, la mujer de cabello dorado se puso de pie y reservó por teléfono un billete de avión para Madrid. Metió algunas cosas en una mochila, cogió un taxi y le ordenó al conductor que se dirigiera al aeropuerto lo más rápidamente posible.

Ya sólo le quedaba una carta que jugar. Como no le quedaba nada más que perder, estaba dispuesta a arriesgarse.

Sevilla - Madrid, enero de 2001

Antes de subir al avión, Marta llamó al comisario para avisarle de que por fin había llegado la hora de actuar. Cuando ya estuvo acomodada en su asiento y hubo despegado rumbo a Madrid, se dio cuenta de que aquel era el último día de su largo periodo de soledad. Esta vez no habría marcha atrás.

74

Estaba ansiosa por abrazar a Elisa y no volver a dejarla escapar nunca más. A los casi treinta y ocho años iba a poder ser feliz. Para ella, el tiempo nunca importó, los sentimientos sí.

Los minutos parecían horas. Quería llegar de una buena vez a su lugar de destino, pues los nervios la estaban matando por dentro. Para intentar entretenerse, leía y releía la tarjeta que le había enviado Elisa como mensaje de auxilio y pensó en cuántas veces había esperado aquel día. Su sueño de volver a estar con la mujer que había amado durante toda su vida iba a

hacerse realidad. Al fin iba a poder proteger y amar sin obstáculos a su alma gemela, todavía subyugada por su abominable marido.

Todo el mundo a su alrededor parecía inanimado comparado con los frenéticos movimientos de la mujer rubia. Estaba incómoda en el sillón, quizá por la angustia o tal vez porque su silla no se adaptaba demasiado bien a su espalda. Daba permanentemente con las uñas en el reposabrazos haciendo que un continuo ruido metálico sobre-saliera notablemente en medio de un inmaculado silencio. Algunos pasajeros que estaban cerca de ella tosieron en señal de protesta, porque les estaba contagiando su agitación.

Cuando la azafata tomó el micrófono para anunciar a la tripulación que se disponían a aterrizar, Marta pegó un respingo y se abrochó en décimas de segundo su cinturón de seguridad.

En pocos minutos estuvieron en tierra. La mujer rubia bajó por las escaleras de acceso lo más rápido que pudo y llegó a la terminal con el corazón agitado y las manos sudorosas.

Dieron las once de la noche. El aeropuerto estaba casi vacío, de modo que había taxis suficientes esperándola a la salida. Cogió el primero que encontró con el piloto en verde.

—Lléveme a San Sebastián, quince. Y deprisa —dijo ofreciéndole un par de billetes grandes al conductor.

El taxista apretó el acelerador con fuerza. Las ruedas chirriaron y el motor rugió como un león. El taxi des-apareció entre la humareda como por arte de magia.

Entre Marta y Elisa ya sólo distaban un par de kilómetros.

Sevilla, diciembre de 2000

—Hemos encontrado restos de pintura negra metalizada en la carrocería del automóvil accidentado. Según las declaraciones de los testigos, son las marcas de un

modelo deportivo de la marca BMW —afirmó el policía mirando detenidamente su informe.

— ¿Han averiguado ya si corresponde con las del vehículo del sospechoso?

—Sí. No hay duda. Dos de nuestros agentes de paisano le han seguido hasta casa y han corroborado lo que pensábamos: el sospechoso, Carlos Márquez, ha adquirido una plaza de garaje y lo aparca allí como medida de precaución. El coche tiene dos arañazos en la carrocería, justo en el morro, seguramente provocados por la persecución. Es él.

—Estupendo, chicos. Buen trabajo —dijo el comisario al despedirse—. Bien, ahora debemos dejar el caso en manos de la oficina central de Madrid. Llamaré al comisario Cifuentes y le informaré de todo. Pero para que todo esto llegue a buen puerto, necesitaremos una pequeña ayuda. Vamos a detener al culpable con las manos en la masa. ¿Está dispuesta a colaborar?

—Por supuesto. Haría lo que fuera por salvar a Elisa de ese jodido loco. Dígame lo que tengo que hacer y lo haré.

—Es mi deber advertirle de que puede resultar sumamente peligroso, dado el perfil del sospechoso, pero le pedimos este favor porque usted es una pieza clave dentro de este gran rompecabezas.

—Lo que sea —respondió sin miedo la mujer rubia.

—Bien, pues venga conmigo. Le diré lo que vamos a hacer.

Marta y el veterano comisario salieron de su despacho y se perdieron por los pasillos de aquel edificio repleto de policías.

Madrid, enero de 2001

Lentamente, sus párpados se fueron entreabriendo de la misma forma en que se abren los de un muerto al ser despertado por algún mágico artificio. Pero ella seguía viva. Por alguna extraña razón, continuaba en este mundo.

Su corazón latía con normalidad y su sangre viajaba a una velocidad constante por sus venas.

Se extrajo el cañón del revólver de la boca y parpadeó perpleja. Miró el arma y abrió el tambor. De ocho compartimentos, sólo había cuatro llenos. La vida le había dado otra oportunidad haciendo que en aquel disparo no hubiera bala. Había tenido demasiada suerte, aquella era una señal clara de que había llegado la hora de actuar, de rebelarse. De cambiar.

De vuelta al salón, cogió el teléfono y, llena de coraje, llamó a su padre.

76

—Hola, papá —dijo al oír a su progenitor al otro lado de la línea—. Sí, demasiado tiempo. Tengo que hablar contigo.

—Y yo también, hija, yo también.

—Por favor, ven mañana a verme. Es importante.

—Iré sobre las ocho —dijo el viejo antes de despedirse.

Al fin se disponía a romper su silencio, había vencido el miedo, ya no había nada a lo que temer. Iba a pedir ayuda; esta vez la requería más que nunca, aunque no sólo el apoyo de su padre era lo que más necesitaba en aquel momento. De modo que abrió un cajón del mueble-bar y sacó una de las tarjetas de invitación a su cumpleaños que había mandado hacer su marido días antes. Cogió un bolígrafo y escribió unas líneas en el reverso. La metió en un sobre y anotó en él la dirección actual de Marta. Bajó a la calle y se dirigió hasta la agencia de mensajería más cercana a su domicilio. Ahora todo dependía de la eficiencia del servicio postal exprés.

A eso de las ocho y cuarto de la tarde, sonó el timbre del primero derecha. Elisa recibió en vaqueros a su padre. Fue la primera en hablar.

—Papá, te he hecho venir porque tengo que decirte algo —le dijo mirándole a los ojos—. Creo que ambos somos ya lo bastante mayorcitos como para seguir andando con tonterías. Basta ya de hipocresía.

El viejo se sentó lentamente en el sofá y guardó silencio. Elisa prosiguió al ver que la escuchaba.

—Tú lo sabes, y yo también. ¿Para qué seguir ocultándolo por más tiempo? Creo que ya he perdido demasiado tiempo negando la evidencia. —Elisa se sentó al lado de su progenitor, reunió valor y se lanzó—. Papá, voy a darme una segunda oportunidad.

Voy a dejar a Carlos.

El padre de la mujer de ojos verdes se rascó el poblado bigote apesadumbrado.

—Estoy enamorada de una mujer...

Antes de que pudiera continuar, su padre la cortó.

—Lo sé. De Marta.

Elisa no sabía qué decir.

—Siempre ha sido ella.

—Ni casándome con Carlos conseguiste que la olvidara.

—El mismo día de tu boda comprendí que ya no había nada que hacer. —El viejo suspiró—. Lo vi claro cuando tú saliste de la iglesia, después de la ceremonia, y la buscaste desesperadamente entre los invitados. Tu madre fue quien me dijo que era a

77

Marta a quien buscabas. Tu madre, que siempre parecía ajena la realidad, era la que siempre se ha dado cuenta de todo. Ella, aunque tú no lo supieras, era quien te defendía cuando yo trataba de hacerle entender que aquello que sentías por Marta no estaba bien, que no era lo normal.

— ¿Y por qué no me lo has dicho hasta ahora? ¿Por qué has permitido que ella muriese y yo no le pidiera perdón por las veces que la acusé de mala

madre?

—Por miedo. Tenía miedo de quedarme solo, de que me dejarais a un lado. La familia...

— ¿Y yo qué? ¡He tenido, desde que nací, un destino programado contra el que no me han dejado luchar! ¡Siempre has sido un egoísta! ¡Siempre has pensado en ti! ¡En el qué dirán! ¿Y yo? ¿Te has parado a pensar alguna vez en lo que yo quería? ¿Has pensado alguna vez en mi felicidad? ¡Papá! ¡Soy tu hija, no una simple mercancía como la que tú vendes para llenarte los bolsillos!

—Lo siento, cariño. Por favor, no me odies. —El anciano comenzó a llorar —.

¿Sabes? Antes de que muriera consumida por el cáncer, le hice prometer a tu madre que te recuperaría. Pero no he tenido la fuerza suficiente para enfrentarme a esta situación hasta hoy. Perdóname por haberte destrozado la vida. He sido un tirano. —Se tapó la cara con las manos y se limpió las lágrimas—. Ojalá tu madre viviera para ver esto. Cuando le detectaron el cáncer hace cinco años, ella y yo nos dimos una nueva oportunidad. Recuperamos la ilusión, volví a quererla de verdad. Volví a entender que, gracias a nuestro amor, te tengo a ti como premio. Eres lo mejor que he hecho en mi vida.

— ¿Y por qué metiste a Carlos en la mía, papá? —Elisa estaba visiblemente dolida.

—Sabía que sería un buen marido. Que te protegería y te querría tanto como yo.

—Te volviste a equivocar. —La morena rompió a llorar.

Se hizo el silencio. Pero el padre de Elisa aún tenía más que decir.

—Cariño —dijo mirando a su hija—, ¿podrás perdonarme algún día?

Elisa que, a pesar de todo, podría ser de todo menos rencorosa, se levantó y abrazó a su padre con fuerza. Su progenitor le acarició la cara y le sonrió visiblemente emocionado.

—Escucha. Ahora voy a contarte algo sobre Carlos que no sabes —dijo Elisa volviendo a su asiento.

— ¿Qué ocurre con él?

—Marta y yo volvimos a vernos después de mucho tiempo. No pudimos evitarlo, así que empezamos a vernos aquí, mientras mi marido estaba en la oficina. Parece ser

78

que una noche nos descubrió. Y desde entonces —explicó mientras dejaba al descubierto sus moratones— no ha parado de pegarme y de reprocharme que no le doy hijos porque soy una degenerada.

— ¿Me estás diciendo que ese cretino te maltrata?

—Sí. Y a Marta le han dado una paliza unos matones contratados por él. Pero tengo tanto miedo... que no soy capaz de denunciarle.

—No te preocupes, hija mía. Esto lo vamos a solucionar él y yo en cuanto entre por esa puerta.

—Tú no tienes ni idea de lo peligroso que puede llegar a ser —le advirtió la mujer.

—Eso ya lo veremos.

El policía terminó de ocultar los micrófonos debajo de la ropa de Marta y Daniel.

Recibieron las últimas indicaciones y al fin estuvieron listos para entrar en escena.

— ¿Te arrepientes de haber venido conmigo?

—En absoluto. Vamos a patearle el culo a ese capullo —respondió Dani con media sonrisa—. Mi pierna ortopédica se encargará de recordarle a quien le debe una buena disculpa.

Entraron en el bloque tras saludar amigablemente al portero, subieron en el ascensor hasta el primer piso y se detuvieron delante de la conocida puerta. Marta llamó con los nudillos y después pulsó el botón del timbre.

Sin perder más tiempo, Elisa metió a su padre en el despacho de su marido por precaución. Respiró hondo para armarse de valor y abrió.

—Dios mío, Marta... Menos mal que estás aquí —dijo abrazándola con fuerza mientras contenía las lágrimas—. Hola, Daniel. Pasad.

Mientras la morena explicaba a la rubia lo sucedido con su padre y las últimas agresiones de Carlos, en el despacho, éste encontraba en un cajón la pistola de Carlos y la guardaba en su chaqueta.

—Carlos está ya al llegar. Preparaos para lo peor —dijo Elisa asustada.

—Esta vez, no tendrá escapatoria —respondió Marta decidida a todo.

Las nueve en punto. El rey de Roma entró en la casa abriendo con sus llaves. Dejó el abrigo en el perchero de la entrada y caminó por el pasillo en dirección al salón. Allí encontró a su mujer junto a los dos desgraciados a los que él había perdonado la vida meses antes. Ahora lo desafiaban permaneciendo delante de sus narices en su propia casa.

79

—Carlos, estás acabado. Sabemos que contrataste a la Brigada Lima y que fuiste tú quien intentó matar a Daniel. Hazme caso y entrégate a la policía —le gritó Marta a aquel homicida.

Sin decir una palabra, Carlos se lanzó contra su mujer y la cogió por el pelo. Acto seguido, Marta intentó atacarle pero fue derribada de una patada. Daniel fue quien le partió un jarrón en la cabeza al agresor, consiguiendo

que liberara a la morena. El estrepitoso ruido que estaban formando alertó al padre de la morena. No dudó en salir corriendo en auxilio de su hija.

— ¡Déjala en paz, hijo de puta! —gritó el viejo a su yerno.

Pero Carlos se enfureció aún más. Daniel fue el primero en probar su puño. El muchacho cayó al suelo con la boca ensangrentada. Marta volvió a levantarse para evitar que alcanzara a Elisa y fue abatida una vez más. La mujer de ojos verdes corrió hacia ella al verla malherida pero, a mitad de camino, su marido la agarró por el cuello e intentó estrangularla. Lleno de rabia, el padre de Elisa apareció por detrás y le sacudió una patada en la espalda. Carlos cayó al suelo y liberó de sus garras a la presa.

Cuando casi parecían haber reducido al agresivo marido, éste se puso de pie como pudo y comenzó a pegar violentamente a quien encontró a su paso. Primero al padre de Elisa, luego a Marta y, por último, a su mujer. La tumbó de una patada en el estómago.

Una bala rozó el hombro de Carlos. La sangre empezó a teñir su camisa blanca.

Éste se giró y se encontró de frente con el padre de su mujer apuntándole con Diane, su revólver.

—Esta vez has tenido suerte, pero no en el próximo disparo —dijo Carlos sabiendo que su arma no estaba completamente cargada.

Acertó. El viejo se quedó de piedra al apretar el gatillo y ver que no había disparado ninguna bala. En décimas de segundo, Carlos le había arrebatado la pistola a su suegro y lo había conducido hasta la terraza. Allí, le obligó a colocar los brazos detrás de la cabeza.

—Y ahora sonríe porque vas a salir en la foto —dijo disponiéndose a disparar.

— ¡Alto, arriba las manos! —dijo el comisario.

Al fin, la policía hizo acto de presencia.

—Tire el arma.

El violento marido se hizo el sordo.

— ¡He dicho que tire el arma! —le ordenó el agente que se posicionó más cerca de él.

80

Carlos obedeció. Pero, tras dejar caer el revólver, golpeó con el codo la cara de su suegro, haciendo que perdiese el equilibrio. La espalda del viejo se dobló al chocar contra la barandilla de la terraza y cayó cabeza abajo. La gravedad hizo el resto.

— ¡Papá! —Elisa intentó correr hacia la terraza pero fue detenida por un policía para que no contemplase la sangrienta escena.

Marta, que había recuperado la conciencia y lo había visto todo, se puso de pie e intentó consolarla entre sus brazos. Daniel permanecía parapetado detrás del sofá, atónito ante aquella película en vivo. Por fin, un agente inmovilizó a Carlos sin que éste se resistiera. El resto de los policías lo esposaron y lo sacaron de allí.

Cuando todo hubo terminado, Daniel se sentó en el sofá, al verse por fin a salvo.

Marta fue hacia la terraza. Vio que ya habían tapado el cadáver del padre de Elisa y que dos agentes obligaban al delincuente a meterse en la furgoneta policial tras haber sido atendido por los enfermeros del Samur.

Regresó al lado de la mujer morena y secó sus lágrimas con las manos. Daniel también acudió para tratar de serenarla. Los agentes que quedaban en el piso recogieron las pruebas pertinentes y aconsejaron a los tres civiles que allí estaban a que salieran de la casa. El comisario los acompañó hasta la calle.

—Quiero agradecerles todo lo que han hecho por nosotros —dijo la rubia.

—Nosotros le agradecemos su colaboración. Nos encargaremos de que se cumpla la ley. Este tipo no verá la calle en muchos años, créame.

Daniel, Elisa y Marta fueron atendidos por el personal de urgencias mientras que el furgón policial desapareció calle abajo. El conductor de una de las ambulancias anunció que se marchaba con el cuerpo del fallecido. Cientos de curiosos se amontonaban para contemplar lo sucedido, y los tres amigos, ahora un poco más calmados, prestaron declaración a las autoridades.

Las dos amantes, que durante tanto tiempo estuvieron separadas, se unieron en un enternecedor abrazo mientras las estrepitosas sirenas de los coches patrulla iluminaban con destellos azules cada rincón de la oscura calle.

EPÍLOGO

Madrid, febrero de 2001

Tras la cena, las dos mujeres y el muchacho salieron del restaurante y caminaron hasta el pub más cercano. Sentados alrededor de una mesa de diseño moderno, los tres amigos se contaron con pelos y señales todo lo sucedido en sus vidas desde que se vieron por última vez en el funeral del padre de Elisa, un mes atrás.

En aquella noche de invierno, rodeados de espumosa cerveza, Marta, Elisa y Daniel acordaron abordar juntos el reto más complicado al que aún debían enfrentarse: seguir viviendo.

Ya no quedaban más cajas que sacar. Marta se había llevado la última en el ascensor. Elisa decidió dar un último vistazo para cerciorarse de que no se olvidaba de nada. En una de las estanterías del salón quedaba todavía un marco con la foto del día de su boda con Carlos. Lo cogió y observó con detenimiento la imagen ficticia de lo que jamás existió en la realidad. Aquella foto era una de las pocas pruebas que certificaban que su matrimonio con aquel desgraciado fue verdad y no había sido producto de un mal sueño.

Unas cosquillas en el costado hicieron que el portafotos cayera al suelo estrepitosamente.

—Lo siento, cariño. No quería asustarte —dijo Marta, arrepentida.

—No es nada —contestó la morena, sonriendo.

—Pero se ha roto. —Marta fue a recoger los pedazos de cristal pero la otra mujer se lo impidió.

—Créeme, no importa —concluyó la morena acariciando lentamente la mejilla de su amante.

Elisa se agachó y sacó la foto de entre los cristales. Tras sacarla del marco con cuidado, la miró por última vez y la dejó sobre el mueblecito de la entrada.

—Venga, vámonos. Ya está todo en el coche. —Marta ya estaba saliendo por la puerta.

—Voy, cariño —dijo la mujer de ojos verdes mientras se despedía mentalmente de la que había sido su prisión desde la más tierna juventud.

82

Sonrió mientras abandonaba la casa. Y mirando a los ojos a su mujer, que aguardaba impaciente fuera del ascensor, Elisa cerró la puerta de golpe y echó la llave.

Con la fuerza del portazo, la foto de boda que había en la mesa del recibidor cayó planeando al suelo.

Destino programado

Se ha impreso en Hurope SL

en Barcelona

el año MMV.

OceanofPDF.com